

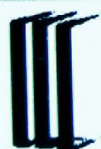


---

**Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación**  
**Universidad Nacional de La Plata**



**33**



**BIBHUMA**

Biblioteca de Humanidades  
"Prof. Guillermo Obiols"

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>

[bibhuma@fahce.unlp.edu.ar](mailto:bibhuma@fahce.unlp.edu.ar)

Tel / Fax: 54-0221-423 5745

Calle 48 entre 6 y 7 - 1er. subsuelo



Facultad de Humanidades y  
Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata

**torio en Sectores**  
**el Gran La Plata**

---

**Susana Ortale**

# Consumo Alimentario en sectores pobres urbanos del Gran La Plata

Nº33

Año 1997

## **COMITÉ EDITORIAL:**

### **TITULARES:**

DRA. MARÍA ELENA INFESTA  
DRA. MARÍA JULIA BERTOMEU  
DRA. MARÍA MALBRÁN  
PROF. CAROLINA SANCHOLUZ  
SRTA. BARBARA ROSSI

### **ALTERNOS:**

DR. MIGUEL DALMARONI  
PROF. LUISA GRANATO  
PROF. GONZALO DE AMÉZOLA  
PROF. VERÓNICA DELGADO  
SRTA. NANCY DELLA ROSSA

### **SECRETARÍA DE EXTENSIÓN:**

PROF. ADRIANA BOFFI

### **DISEÑO DE TAPA:**

ARQS. RUBÉN PUENTE / ADRIANA ROMERO

### **PAGINACIÓN ELECTRÓNICA:**

PROF. MARÍA DEL ROSARIO MARTÍNEZ  
E-MAIL: MARTINEZ@ISIS.UNLP.EDU.AR

### **DIAGRAMACIÓN:**

JANE AVRIL COMUNICACIÓN EDITORIAL  
530 NRO. 1160 "2", TEL. 225718, (1900) LA PLATA  
E-MAIL: HF361@KANGA.INS.CWRU.EDU

# Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

*Prof. José Luis de Diego*

Vicedecano

*Prof. Luis Viguera*

Secretaria de Asuntos Académicos

*Prof. Ana María Barletta*

Secretario de Investigación y Posgrado

*Dr. Julio César Moran*

Secretaria de Extensión Universitaria

*Prof. Adriana Boffi*

Area de Asuntos Estudiantiles

*Prof. César Arrondo*

Area Capacitación Docente

*Prof. Alicia Villa*

## **Consejo Académico**

Claustro Docente

*Prof. Telma Piacente*

*Prof. Carlos Carballo*

*Prof. María Celia Agudo de Córscico*

*Dr. Fernando Enrique Barba*

*Prof. Rosa Pisarello*

*Prof. Alicia Alliaud*

Claustro de Graduados

*Prof. Osvaldo Ron*

*Prof. Claudio Suasnabar*

Claustro Estudiantil

*Miguel Nahon*

*Nancy Della Rosa*

*Silvia Guardia*

*Bernardo Raimondi*



---

## SERIE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

---

- Nº 1 FRONTERA Y JUSTICIA COLONIALES
- Nº 2 MERCADO DE TRABAJO Y PARO FORZOSO I
- Nº 3 MERCADO DE TRABAJO Y PARO FORZOSO II
- Nº 4 ESTUDIOS DE LÍRICA CONTEMPORÁNEA
- Nº 5 XII CONGRESO INTERAMERICANO DE FILOSOFÍA
- Nº 6 CUESTIONES AGRARIAS REGIONALES
- Nº 7 ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL I
- Nº 8 LA PROBLEMÁTICA AGROALIMENTARIA EN LA ARGENTINA (1970-1988) T. I
- Nº 9 ESTUDIOS SOBRE BORGES
- Nº 10 TERRITORIO Y PRODUCCIÓN. CASOS EN LA REGIÓN METROPOLITANA EN BUENOS AIRES
- Nº 11 ESTUDIOS HISTORIA RURAL II
- Nº 12 MITOS, ALTARES Y FANTASMAS
- Nº 13 ESTUDIOS DE HISTORIA COLONIAL
- Nº 14 TRANSPORTE. ESPACIOS PERIURBANOS
- Nº 15 ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL III
- Nº 16 TEMAS DE HISTORIA ARGENTINA I
- Nº 17 EL NUDO CORONADO. ESTUDIO DE CUATRO CUARTETOS.
- Nº 18 ESTUDIOS DE LÍRICA LATINA
- Nº 19 HISTORIA Y HUMANIDADES
- Nº 20 MERCADO DE TRABAJO Y CONSUMO ALIMENTICIO EN LA ARGENTINA AGROEXPORTADORA
- Nº 21 HOMENAJE A MANUEL PUG
- Nº 22 IGLESIA, SOCIEDAD Y ECONOMÍA COLONIAL
- Nº 23 PSICOLOGÍA: DOCENCIA E INVESTIGACIÓN
- Nº 24 LITERATURA ARGENTINA Y NACIONALISMO
- Nº 25 FRONTERA GANADERA Y GUERRA CON EL INDIO DURANTE EL SIGLO XVIII
- Nº 26 HISTORIADORES DEL SIGLO XIX Y LA HISTORIA DE AMÉRICA
- Nº 27 ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL IV
- Nº 28 ESTRUCTURA DISCURSIVA DE LA ENTREVISTA RADIAL
- Nº 29 LA MÚSICA COMO DEVELADORA DEL SENTIDO DEL ARTE EN MARCEL PROUST
- Nº 30 ROMANCES. POESÍA ORAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
- Nº 31 TEMAS DE HISTORIA ARGENTINA II. INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA RICARDO LEVENE
- Nº 32 LITERATURA POLICIAL EN LA ARGENTINA. WALEIS, BORGES, SAER.
- Nº 33 CONSUMO ALIMENTICIO EN SECTORES POBRES URBANOS DEL GRAN LA PLATA

---

*Para correspondencia y canje dirigirse a: Comité Editorial*  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Calle 48 y 6 - (1900) La Plata - Buenos Aires - Argentina

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

*Consumo alimentario  
en sectores pobres  
urbanos del  
Gran La Plata*

---

Serie: Estudios/Investigaciones  
Año 1997

# Presentación

En el año 1988 el equipo de investigación dirigido por el Dr. Oscar Colman, contando con el apoyo de un subsidio del CONICET, realizó una investigación sobre las condiciones y mecanismos de reproducción de la fuerza de trabajo en sectores pobres urbanos del Gran La Plata.

De acuerdo con el enfoque teórico adoptado, en esta temática se incluyó el estudio del mercado de trabajo, la situación ocupacional, los diversos modos de ingreso formal e informal, así como las diferentes formas de cobertura de las necesidades familiares básicas.

En un trabajo publicado en el N° 8 de esta revista *Estudios e Investigaciones* (1992) se presentaron los resultados obtenidos en el análisis de la problemática vinculada con un tipo especial de necesidad básica: la alimentación.

Los trabajos de campo se efectuaron en dos zonas del aglomerado Gran La Plata: en tres barrios periurbanos del Partido de La Plata, denominados “El Churrasco”, “El Curvón” y “El Gato” y en tres barrios periurbanos del Partido de Ensenada, denominados “El Zanjón”, “El Molino” y “Villa Rubencito”, que constituyen el área de influencia de la Unidad Sanitaria “El Molino”.

En 1994 se desarrolló un nuevo trabajo de campo en esta última zona, con el objetivo de realizar un análisis comparativo de las condiciones de vida de las familias encuestadas anteriormente.

En este número se presentan los primeros resultados de ese estudio con respecto a las vías de obtención de los alimentos y a las pautas alimentarias familiares. Los mismos forman parte de un proyecto general sobre “Reproducción social y pobreza urbana”, incorporado al Programa de Incentivos de la UNLP, que se desarrolla en el ámbito del Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, bajo la dirección del Dr. Oscar Colman y la co-dirección de la Dra. Amalia Eguía.

Dentro de la temática general de la reproducción social, se recorta un aspecto para su análisis: los mecanismos tendientes a la alimentación de los miembros de las unidades domésticas y los aspectos sociales y simbólicos

asociados. La alimentación constituye un aspecto central para la reproducción. Por otra parte, es el gasto relativo más importante dentro del presupuesto familiar de los sectores pobres.

Siguiendo la línea planteada por Hintze (1989) se utiliza el concepto de estrategias para el abordaje del tema, como construcción analítica que intenta dar cuenta de la trama de actividades y relaciones puestas en juego por las unidades domésticas para lograr su reproducción. De acuerdo con la posición que ocupan en la estructura social, los individuos tienen acceso a determinados recursos que pueden formar parte de los mecanismos de reproducción familiar, según decisiones relacionadas con códigos culturales.

Para comprender las estrategias de reproducción desarrolladas por las unidades domésticas se considera necesario estudiar tanto la situación estructural de las mismas como el universo de valoraciones y significaciones de sus miembros. Esta perspectiva teórica se articula con la utilización de técnicas cuantitativas y cualitativas de recolección de información.

Los mecanismos básicos que forman parte de las estrategias de reproducción familiar son:

- venta de la fuerza de trabajo
- autoabastecimiento: producción para el consumo
- venta de mercancías producidas en el ámbito doméstico
- utilización de programas de asistencia alimentaria estatales y de organizaciones no gubernamentales
- trabajo doméstico para la transformación de los bienes obtenidos o adquiridos en el mercado en bienes consumibles.

De acuerdo con los resultados de los trabajos realizados en 1988 en los barrios periurbanos de Punta Lara, se sostiene la centralidad de la inserción de los miembros de las unidades domésticas en el mercado de trabajo para la reproducción alimentaria familiar. Los otros mecanismos desempeñaban un papel complementario para el logro de ese objetivo.

En los trabajos presentados en este volumen se analizan los cambios producidos en dichos mecanismos complementarios entre 1988 y 1994 en el contexto de las transformaciones producidas en la situación ocupacional, así



como la opinión de las informantes sobre la situación familiar comparando ambos momentos.

Las preguntas centrales giran en torno al modo en que el aumento de la desocupación, la precarización laboral y las transformaciones en los perfiles ocupacionales se articularon con el uso de otros recursos, en especial con programas estatales de asistencia; a los cambios en los patrones alimentarios y en las formas de organización familiar vinculadas a la alimentación; al universo de representaciones y valoraciones de las informantes sobre todos estos aspectos.

La comparación entre los dos años considerados muestra cómo el mejoramiento relativo en las condiciones habitacionales (aspecto principal de la medición de la pobreza por el método de las necesidades básicas insatisfechas) no fue acompañado por un mejoramiento relativo en la situación laboral de las familias. Asimismo, el aumento de trabajos de baja calificación y magros ingresos en el sector servicios y de actividades por cuenta propia tampoco fue acompañado por una intensificación de los programas de asistencia alimentaria dirigidos al conjunto familiar.

A partir de la realización de entrevistas en profundidad, actualmente se continúa profundizando esta línea de investigación. Con la incorporación de otros temas vinculados con la reproducción familiar, en futuros trabajos se intentará dar cuenta de la articulación de los recursos estudiados en diferentes tipos de estrategias para contribuir a la comprensión integral de las condiciones de vida de familias pobres urbanas.

*Amalia Eguía y Susana Ortale  
mayo de 1996*

# Índice

- Presentación

**- Un estudio comparativo de las vías de acceso al consumo alimentario de familias pobres urbanas del Gran La Plata (1988 - 1994): programas estatales, autoabastecimiento y redes de ayuda. Amalia Eguía**

1. Introducción .....	13
2. Caracterización general de la población estudiada .....	17
2.1. Características de las unidades domésticas .....	17
2.2. Características educacionales .....	17
2.3. Características habitacionales .....	18
3. Situación ocupacional .....	18
4. Otras vías de obtención de alimentos para el consumo familiar .....	23
4.1. Programas alimentarios estatales .....	24
4.2. Vías de acceso al consumo utilizadas por las unidades domésticas estudiadas .....	30
5. Evaluación de las informantes de la situación familiar .....	36
6. Comentarios finales .....	39
Cuadros .....	42
Notas .....	52
Bibliografía .....	54

***- Un estudio comparativo del consumo alimentario en familias pobres urbanas del Gran La Plata (1988-1994). Susana Ortale***

1. Introducción .....	55
2. Algunas precisiones conceptuales.....	58
2.1. Restricciones paramétricas y alimentación .....	58
2.2. La naturaleza cultural del consumo alimentario .....	59
3. Aproximación metodológica .....	65
4. El estudio de caso: análisis comparativo del consumo alimentario en familias pobres urbanas (Punta Lara, 1988 - 1994) .....	69
4.1. Organización familiar de los consumos mercantilizados .....	69
4.2. Conocimientos y valoraciones sobre la alimentación .....	72
4.3. Características de la dieta habitual .....	75
4.4. Consumo alimentario y estado nutricional en población infantil: comparación de familias con hijos desnutridos y con hijos eutróficos en 1988 y 1994 .....	79
5. Consideraciones finales .....	83
Notas .....	89
Bibliografía .....	93

Un estudio comparativo de las vías de acceso  
al consumo alimentario de familias pobres urbanas  
del Gran La Plata  
(1988 - 1994): programas estatales,  
autoabastecimiento y redes de ayuda

AMALIA EGUÍA

## 1. Introducción

En trabajos anteriores (Eguía, 1990; Colman y colaboradores, 1992) se analizó la problemática agroalimentaria en la Argentina, sus condiciones determinantes así como las estrategias desarrolladas por los sectores pobres urbanos para encarar su resolución.

Uno de los ejes de análisis fue la caracterización de la participación económica familiar y su articulación con otras actividades desarrolladas tendientes a obtener los recursos necesarios para la reproducción material cotidiana de los miembros del hogar.

Se estudiaron las vías a través de las cuales las familias podían satisfacer sus necesidades:

1) *consumos mercantilizados* (compras particulares de las unidades domésticas y compras comunitarias), a los que accedían a través de ingresos monetarios producto de la venta de fuerza de trabajo o de subsidios otorgados por programas públicos.

2) *consumos no mercantilizados*, resultado de formas propias de organización familiar así como de la intervención estatal y de organismos no gubernamentales (iglesias, partidos políticos, sindicatos, etc.).



Con respecto al primer punto, a través de la caracterización de la situación laboral de las familias estudiadas, en los trabajos mencionados se brindó un panorama de sus posibilidades de adquisición de mercancías. Por otra parte, se presentaron las modalidades de organización de las compras y las pautas de consumo alimentario.

En cuanto al segundo punto, se analizó la utilización por parte de las familias de las opciones que constituyen vías de obtención de alimentos a través de consumos no mercantilizados: autoabastecimiento (posesión de animales y huertas), desarrollo de redes informales de ayuda entre parientes y vecinos y participación en políticas públicas.

Como la mayor parte de los trabajos que tratan la temática de la reproducción familiar, se tomó a la unidad doméstica como unidad de análisis. El concepto de unidad doméstica alude a una organización estructurada a partir de redes de relaciones sociales establecidas entre individuos unidos o no por lazos de parentesco, que comparten una residencia y organizan en común la reproducción cotidiana (Oliveira y Salles, 1989).

Se reconoce a la unidad doméstica como el grupo social en el cual se adoptan las decisiones principales que hacen posible la reproducción, una instancia mediadora en la que pueden analizarse las interrelaciones entre los individuos y la estructura social. Es el centro de las actividades ligadas a la reproducción cotidiana de los individuos que la componen, pero esas actividades no pueden ser analizadas independientemente de las relaciones socioeconómicas de las sociedades en las que se insertan.

Por lo tanto, tomar como unidad de análisis a la unidad doméstica en el estudio de la reproducción alimentaria no significa concebirla como un ámbito aislado, sino como una instancia donde se reelaboran las determinaciones estructurales. Las características del sistema productivo y del mercado de trabajo de una sociedad específica en un determinado momento histórico, así como las políticas públicas implementadas a nivel global influyen en la organización de las unidades domésticas y en la forma de cobertura de sus necesidades básicas. Dicha organización depende, a su vez, de las características socio-demográficas del grupo, es decir, del momento del ciclo de vida por el que atraviesa, de su composición y tamaño (Eguía, 1990).

Oliveira (1986) propone concebir las relaciones sociales de producción y

reproducción como una estructura de opciones. Los valores, representaciones, significados, costumbres de los individuos no deben ser inferidos directamente a partir de su inserción económica, sino que deben ser objeto de análisis por sí mismos. El individuo, la pareja y los demás miembros de una familia están expuestos, mediante la influencia de diferentes instituciones, de los medios de comunicación de masas y de las interrelaciones personales, a elementos valorativos predominantes en otros sectores sociales. La participación de los individuos en los diferentes ámbitos de interacción y de constitución de relaciones sociales abren campos de opciones que se interrelacionan. Según Jelin (1984), las condiciones materiales de vida, en sus dimensiones económicas, políticas y sociales establecen el rango de cursos de acción abiertos a los individuos y los grupos. Para establecer cuál de esos cursos de acción va a ser realizado, es necesario incorporar otra dimensión analítica: la interpretación del sentido que esas condiciones adquieren para el sujeto (individual o colectivo) que realiza la acción.

Desde esta perspectiva, en el trabajo se consideró la valoración de las informantes de las distintas opciones relacionadas con el consumo alimentario, su opinión sobre las políticas estatales de asistencia alimentaria, así como su evaluación de la situación familiar general y, en particular, de la situación laboral y de la vivienda

Uno de los casos estudiados fue el de tres barrios ubicados en la periferia de la ciudad de Ensenada (barrios "Villa Rubencito", "El Zanjón" y "El Molino", área de influencia de la Unidad Sanitaria "El Molino", localidad de Punta Lara).

El trabajo de campo se realizó durante 1988. En una primera etapa, se aplicaron 100 encuestas a madres que concurrían a la Unidad Sanitaria por consulta pediátrica<sup>1</sup>. Se recogieron datos sobre los siguientes aspectos de las familias: características demográficas, niveles de educación, situación ocupacional de sus miembros, nivel de ingreso, características de la vivienda, situación nutricional de sus hijos, participación en programas estatales de asistencia alimentaria, organización doméstica y consumo alimentario<sup>2</sup>.

Con el objetivo de profundizar el estudio de los mecanismos familiares de reproducción alimentaria, la aplicación de la encuesta se combinó con la realización de entrevistas a una submuestra seleccionada de madres. En el transcurso de las entrevistas se recogió información sobre la historia ocupacional

de los miembros de las unidades domésticas, la participación en los programas estatales de asistencia alimentaria, el desarrollo de prácticas de autoabastecimiento, la organización del trabajo doméstico relacionado con la alimentación, las pautas del consumo alimentario familiar y las valoraciones de los alimentos.

En 1994 se desarrolló un nuevo trabajo de campo en estos barrios, conjuntamente con Susana Ortale, con el objetivo de efectuar un análisis comparativo sobre las condiciones de vida y reproducción alimentaria de las familias estudiadas en 1988.

En esta segunda etapa fue posible localizar y encuestar a 70 de las 100 familias incluidas en el estudio anterior<sup>3</sup>. A través de las preguntas planteadas, se intentó detectar los cambios producidos en los siguientes aspectos: composición de la familia, situación ocupacional de sus miembros, condiciones de la vivienda y equipamiento doméstico, estado nutricional de los niños, estrategias alimentarias utilizadas así como la opinión de las informantes sobre la situación familiar de ese momento en relación con la de 1988 y su evaluación comparativa de las políticas públicas de asistencia alimentaria.

Asimismo, entre los meses de diciembre de 1994 y marzo de 1995 se entrevistaron 20 madres para ampliar los siguientes aspectos incluidos en la encuesta: las razones de sus opiniones sobre la situación relativa de las familias comparando los dos años mencionados y sobre los programas de ayuda alimentaria. En primer lugar se intentó trabajar en esta instancia con mujeres que habían sido entrevistadas en 1988; esto fue posible en 10 casos. Para completar la submuestra se tuvo en cuenta el hecho de combinar informantes que evaluaron en forma diferente su situación familiar de 1994 en relación a la de 1988.

*En este trabajo se presentan los cambios registrados entre 1988 y 1994 en las vías de acceso al consumo de estas familias de sectores pobres urbanos del Gran La Plata, vinculadas con la participación en políticas públicas, el autoabastecimiento familiar y las redes informales de ayuda, tomando en cuenta la evaluación de las informantes de las políticas de asistencia alimentaria y su visión comparativa de la situación familiar.*

## 2. Caracterización general de la población estudiada

### 2.1 Características de las unidades domésticas

Se utilizó la siguiente clasificación para las unidades domésticas:

1.- *Hogar nuclear*: formado sólo por un núcleo familiar, entendiendo por éste a la familia constituida en alguna de las siguientes formas: matrimonio sin hijos, matrimonio con uno o más hijos solteros, padre o madre con uno o más hijos solteros.

2.- *Hogar extendido*: formado por un hogar nuclear y otras personas emparentadas con el jefe del hogar y/o personas no emparentadas con el jefe de hogar.

Tanto en 1988 como en 1994 el 77% de las familias encuestadas eran nucleares. La mayoría contaba con 4 a 6 miembros. En 1994 se registró un mayor porcentaje de familias con 7 miembros y más. Esto se debe a que en el 56% de las mismas se produjeron nacimientos; en el 13%, incorporaciones de otros miembros y sólo en el 24%, abandonos. Se redujo a la mitad el porcentaje de familias compuestas por la madre sola con sus hijos (Cuadro N° 1).

### 2.2 Características educacionales

De acuerdo con la información recogida en 1988, el 45% de los padres no tenía instrucción o no había completado la escuela primaria. Considerando el nivel de escolaridad de los jefes de familia, se registró que la mitad alcanzó a terminar la escuela primaria y el 27% contaba con estudios primarios incompletos. En el caso de las cónyuges, el 43% completó el ciclo primario y un 32% no llegó a finalizarlo.

En 1994 se indagó la situación educacional de los hijos, comprobando que el 60% de los niños en edad escolar asistía regularmente a la escuela; un 15% de ellos eran repitentes y sólo un 9% completó el ciclo primario y no seguía estudiando.



## 2.3 Características habitacionales

La mayoría de las viviendas se asentaba sobre terrenos fiscales. Según los datos recogidos en 1994, un 23% de las familias obtuvo la propiedad del terreno después de 1988 y un 13%, de la vivienda (Cuadro N° 2 ).

Sólo en un 7% de los casos registrados en 1994 se produjo un aumento del número de viviendas instaladas en el terreno, disminuyendo en el 13% de los mismos. Más de la mitad de las familias encuestadas en 1994 vivía en otra vivienda o en la misma que en 1988 ampliada. En estos casos, mejoraron las condiciones habitacionales (Cuadro N° 3). En la mitad de las viviendas aumentó el número de cuartos. Un 13% de familias que no tenía cuarto de cocina de uso exclusivo en 1988, contaba con éste en 1994 (Cuadro N° 4 ).

En 1994 se registró un menor porcentaje de familias en las que dormían más de 3 personas por cuarto; esta cifra pasó del 40% en 1988 al 31.4% en 1994.

Con respecto a los servicios, en 1994 se registró un aumento del 11% en las viviendas con electricidad en su interior y del 23% entre las que poseían agua corriente también en el interior. El tipo de servicio sanitario mejoró en un 18% de los casos, incorporando servicio de uso exclusivo un 8% de familias que no lo tenía en 1988 (Cuadro N° 5).

También el equipamiento doméstico mejoró en los últimos años. Un 69% de familias poseía más artefactos domésticos en 1994. El tipo de combustible utilizado para cocinar continuó siendo mayoritariamente el gas envasado.

En cuanto a los materiales predominantes en la construcción de las viviendas, aumentó el porcentaje de las mismas con techo de chapas, disminuyendo las que poseían techo de chapa y cartón. Aumentó la proporción de viviendas con paredes de ladrillos o bloques y con piso de mosaico o baldosas (Cuadro N° 6).

## 3. Situación ocupacional

En el marco de las políticas económicas implementadas a partir de la década del 70 en el país, se ha producido una caída en el nivel de actividad, un proceso de desindustrialización y de terciarización de la fuerza de trabajo, así como una tendencia al decrecimiento del ingreso medio.

Este proceso tuvo diferentes repercusiones en los tres partidos que integran el Gran La Plata. Ensenada, a diferencia de los otros, cuenta con grandes unidades productivas con alta concentración de personal. A través del análisis comparativo de los datos de los Censos Económicos de 1974 y 1985, puede apreciarse que este partido presentó el mayor porcentaje de reducción de establecimientos y el menor respecto a ocupados. Esto indica un proceso de desaparición de pequeñas y medianas industrias y la permanencia de grandes establecimientos que concentran gran número de personal, como Propulsora Siderúrgica, Petroquímica General Mosconi, Destilería YPF, Astilleros Río Santiago, Ipako (Colman y colab., 1992).

El proceso de tecnificación de industrias y de privatización de empresas públicas iniciado en 1989 implicó retiros voluntarios y despidos que incidieron en el alto crecimiento de la tasa de desocupación<sup>4</sup>.

Hasta el momento, no están procesados los resultados del último Censo Económico para el conglomerado Gran La Plata; por lo tanto, no pueden establecerse comparaciones con respecto al número de establecimientos y personal ocupado para el período posterior a 1985. Es posible aproximarse a un panorama de la evolución de la actividad económica en la zona a través de los datos de la Encuesta Permanente de Hogares.

A partir del análisis de las ondas correspondientes a los meses de mayo de 1988 a 1994 puede afirmarse que en el aglomerado Gran La Plata la tasa de desocupación ha ido incrementándose en ese período, llegando a 9.8% en 1994. La tasa de subocupación horaria<sup>5</sup> también ha ido aumentando desde 1988; el máximo valor del período se registra en 1993 (8.6%), manteniéndose alta también en 1994 (7.8%).

De acuerdo con los resultados de las encuestas realizadas en Punta Lara, entre 1988 y 1994 disminuyó el porcentaje de población ocupada sobre el total de población mayor de 10 años. La población desocupada aumentó 1.4% en ese lapso. Pero, dado que es importante considerar no solamente la situación de aquellos que manifiestan estar buscando trabajo sin obtenerlo, sino también la de aquellos que dejaron de hacerlo por el desaliento que ocasiona la falta de oportunidades de empleo y los continuos fracasos, se destaca que la población mayor de 10 años que no trabaja aumentó un 6.2% en 1994 con respecto a la de 1988 (Cuadro N° 7).

Analizando la condición de ocupación según tipo de integrante de la unidad doméstica, puede apreciarse que tanto en 1988 como en 1994 más del 85% de los jefes de familia trabajaba. La proporción de jefes de familia inactivos también era similar en los dos años considerados; el porcentaje de desocupados, en cambio, aumentó en 1994 (sobre el total de jefes ese porcentaje pasó del 7% en 1988 al 8.6% en 1994).

En cuanto a las cónyuges, entre los años analizados aumentaron su participación en la población económicamente activa. En 1988 sólo el 17% tenía ocupación; en 1994 aumentó la proporción de trabajadoras (35% de las cónyuges encuestadas tenía trabajo en dicho año). También registró un aumento el número de cónyuges que no tenían trabajo y procuraban obtenerlo: en 1988 sólo el 10% del total buscaba trabajo; en 1994 esa cifra se incrementó 10 puntos.

De acuerdo con la conformación de la muestra (madres encuestadas en 1988 en el consultorio pediátrico de la Unidad Sanitaria y reencuestadas en 1994) y con los testimonios recogidos, esta situación se relaciona con la evolución del ciclo de vida familiar<sup>6</sup>. En 1988 las unidades domésticas estudiadas se encontraban atravesando la primera o segunda etapa del ciclo de vida, con hijos cuyas edades estaban comprendidas principalmente entre los 5 y 9 años. Las madres manifestaron que la atención de sus hijos constituía el principal obstáculo para el trabajo extradoméstico.

En 1994, 11 de esas familias tenían hijos menores de 10 años exclusivamente; pero 11 contaban con hijos mayores de 10 años solamente y el resto con hijos de ambos grupos de edad, situaciones más favorables para su inserción en el mercado de trabajo.

Sobre el total de hijos mayores de 10 años, tanto el grupo de ocupados como de desocupados aumentó tres puntos entre 1988 y 1994.

Con respecto a otro tipo de integrantes de las unidades domésticas, no tenían un peso significativo sobre el total de la población encuestada, disminuyendo incluso en la muestra obtenida en 1994 (Cuadro N° 8).

En 1988 la categoría ocupacional<sup>7</sup> que concentraba al 81% de los jefes ocupados era la de asalariados; en 1994, se redujo un 10%. En 1988 no se registraron casos de trabajadores cuentapropistas con local y vehículo; en 1994 esa categoría representaba el 8% de los jefes ocupados. Los cuentapropistas sin local y vehículo mantuvieron un porcentaje similar (20%) en los dos momentos

considerados. Con respecto a las cónyuges, tanto en 1988 como en 1994, la categoría ocupacional que agrupaba al mayor número de trabajadoras era la de asalariadas; en 1994 se redujo en una proporción similar a la de los jefes. En ese último año, la categoría cuentapropistas sin local ni vehículo concentraba a un 9% más de cónyuges que en 1988. En 1988 sobre el total de otros integrantes de la familia ocupados (mayoritariamente hijos), la mayoría eran asalariados. (Cuadro N° 9).

El mismo proceso que se refleja en los cambios producidos en relación a la categoría ocupacional tiene otra forma de expresión desde el punto de vista de la *rama de actividad*<sup>8</sup>. La industria manufacturera perdió peso entre los jefes ocupados. En 1988 concentraba al 27% de los mismos; en 1994, solamente al 8%. Al mismo tiempo, creció la importancia relativa de los servicios y de la construcción. Las ramas que concentraban los mayores porcentajes de cónyuges ocupadas eran servicios y servicios personales, tanto en 1988 como en 1994. En 1994 se duplicó la importancia relativa de la rama comercio entre las mismas. En cuanto a los hijos, en 1988 estaban mayoritariamente ocupados en la rama comercio y, en segundo lugar, en servicios personales. En 1994, el comercio mantuvo el primer lugar, concentrando igual porcentaje de trabajadores que la construcción. Esta última rama no era significativa en 1988; en ese año agrupaba sólo al 6% de los otros integrantes de la familia ocupados, frente a un 29% en 1994 (Cuadro N° 10).

En relación a la *estabilidad laboral*, entre el conjunto de trabajadores se registró en 1994 un porcentaje mucho menor de contratados temporarios, modalidad de trabajo precario que concentraba al 24% de los ocupados en 1988. La redistribución de las proporciones entre trabajadores estables e inestables revistió características diferentes según el tipo de integrante. Sobre el total de los jefes de familia ocupados, en 1994 aumentó la proporción de los trabajadores con estabilidad laboral más que la de los trabajadores inestables. Entre las cónyuges, aumentaron las dos situaciones en proporciones similares. En cambio entre los otros integrantes de la familia ocupados, en 1994 disminuyeron los trabajadores estables (Cuadro N° 11).

Si se analiza la población ocupada según el *número de horas semanales de trabajo*, puede observarse que en 1994 se registró un porcentaje mayor que en 1988 de aquellos que trabajaban menos de 35 hs semanales y de aquellos que



desarrollaban jornadas de duración variable. Esta última situación aumentó su presencia relativa especialmente en el conjunto de cónyuges y de otros integrantes de la unidad doméstica ocupados, más que en el conjunto de jefes de familia ocupados (Cuadro N° 12).

Si se toma como punto de partida la definición de *informalidad* enunciada por Portes (1984), que incluye en ésta a las actividades no protegidas por legislación laboral (tal como se hizo en el estudio realizado en 1988), puede apreciarse que se produjo un crecimiento relativo del sector informal. Más de la mitad de los jefes de familia desarrollaba actividades en el sector formal desde 1988. Los cambios del sector formal hacia el informal se produjeron en un porcentaje 8 puntos superior a los cambios en sentido inverso.

Las modificaciones registradas en cuanto a la *relación consumidores/productores de ingresos* en el seno de la unidad doméstica se relacionan con la evolución del ciclo de vida familiar en el período considerado y la incorporación de nuevos miembros al mercado de trabajo. Comparando los dos años analizados, se observa principalmente la disminución de miembros inactivos y de los casos en que más de ocho personas dependían de un trabajador (Cuadro N° 13).

En cuanto a los *ingresos*, el 60% de las unidades domésticas estudiadas percibía un ingreso que se correspondía con el asignado por el INDEC a los hogares ubicados en el estrato bajo; el 25.7% con el de los hogares ubicados en el estrato medio, registrándose un 2.9% de hogares sin ingresos y un 11.4% de casos sin respuesta.

El 86% de las familias encuestadas en 1994 no alcanzaba con sus ingresos a cubrir el costo de la canasta de subsistencia establecida por FIDE<sup>9</sup> para mayo de 1994. Pero si se analiza el tipo de trabajo, el número de miembros y la situación de las unidades domésticas acerca de las cuales no fue posible obtener el dato sobre el ingreso, puede concluirse que formaban parte de este grupo, que alcanzaría así al 97% de los hogares estudiados.

El valor de la línea de pobreza<sup>10</sup> estimada por el INDEC para 1993 era alrededor de 420 dólares para un familia del Gran Buenos Aires, compuesta por 4 miembros (2 adultos y 2 niños) (Minujin y Kessler, 1995). Dada la relativa estabilidad de los precios entre 1993 y 1994 y el hecho de que no se determinó una línea de pobreza específica para el Gran La Plata, se tomó esta referencia para aproximarse a la situación de la zona estudiada. Así, puede afirmarse que

el 56% de las familias encuestadas era pobre por ingreso en 1994: el 31.4% de las mismas percibía un ingreso inferior a la línea de pobreza, un 21.4% contaba con un ingreso variable, producto de actividades de baja calificación y escasamente remuneradas, que no alcanzaba el monto citado y un 3% no contaba con ingresos. No fue posible establecer comparaciones con otros asentamientos del aglomerado Gran La Plata, dado que no se detectaron trabajos que utilicen este enfoque de medición de la pobreza específicamente para esa zona<sup>11</sup>.

#### 4. Otras vías de obtención de alimentos para el consumo familiar

La caracterización realizada en el punto anterior brinda un panorama de las posibilidades de adquisición de mercancías por parte de las unidades domésticas analizadas, a partir de su inserción en el mercado laboral.

El tema de la organización de las compras y del trabajo desplegado en el seno de la familia, que comprende la transformación de los bienes en bienes consumibles y el desarrollo de servicios indispensables para la reproducción de sus integrantes, será tratado en el artículo de Susana Ortale incluido en este volumen.

En este apartado se hará referencia a otras vías de obtención de alimentos para el consumo familiar, a través de la recepción de subsidios estatales o a partir de consumos no mercantilizados (utilización de políticas públicas, prácticas de autoabastecimiento desarrolladas por las familias y establecimiento de redes informales de ayuda entre familiares y vecinos), que pueden complementar el ingreso familiar.

En cuanto a la asistencia alimentaria brindada por el Estado, dos circuitos se utilizaron en los momentos analizados: la entrega de leche en la Unidad Sanitaria a través del Programa Materno Infantil y el Programa de Comedores Escolares. En 1988 funcionaba el Programa Alimentario Nacional (PAN); en 1994, en cambio, el apoyo en alimentos a las familias se canalizaba a través del Programa Alimentario Integral y Solidario (Plan PAIS). Durante unos meses del año 1989 se implementó el Bono Solidario de Emergencia.

## 4.1 Programas alimentarios estatales

El *Programa Alimentario Nacional*, implementado en 1984, se formuló como un programa de emergencia destinado a paliar las carencias alimentarias de los sectores que se encontraban en condiciones de pobreza.

Se designaron agentes PAN y agentes comunitarios como encargados de entregar cajas de alimentos a los beneficiarios y de promover acciones complementarias (como, por ejemplo, huertas comunitarias y compras colectivas). Pero de hecho, en la mayoría de los distritos el programa se limitó a la entrega de la caja, cuyo contenido equivalía al 30% de las calorías mensuales necesarias para un grupo familiar tipo (Golbert, 1992).

El PAN se extendió hasta 1989, año que fue reemplazado por otro programa de asistencia: el *Bono Solidario de Emergencia*, que se distribuyó durante unos meses. Estos bonos se entregaban quincenalmente a grupos familiares representados por su titular, quien debía ser mayor de 18 años, poseer DNI, LC o LE y no estar en condiciones de cubrir las necesidades básicas de su familia. Los bonos llevaban impresa la lista de los productos por los cuales podían canjearse: leche líquida o en polvo, carnes rojas o blancas, huevos, frutas, verduras u hortalizas, pan, aceite o grasas, fideos secos, legumbres secas, arroz, harinas, tomate en lata o puré de tomates, sal, azúcar, yerba o té, galletitas, jabones, detergentes o lavandina, frazadas o sábanas, camisas o pantalones de trabajo, camperas o pulóveres. El beneficiario debía comprar por el valor total del bono; solamente se admitía una diferencia de menos del 10% que el comerciante podía devolver en efectivo.

La duración inicial prevista para este programa fue de seis meses, contemplándose la posibilidad de prórroga si la situación lo exigía. Sin embargo, fue suspendido al poco tiempo de ponerse en marcha debido al escándalo político que se desató por su distribución. No cumpliendo con lo establecido en el decreto de creación, que indicaba que los bonos debían ser distribuidos por consejos de emergencia formados por representantes del gobierno, de las Fuerzas Armadas, de la CGT y de los empresarios, los responsables del programa entregaron chequeras de manera discrecional a diputados, senadores y otros políticos (Golbert, 1992).

A partir de julio de 1992, el gobierno de la Provincia de Buenos Aires

reorganizó los programas alimentarios vigentes. Mediante el decreto 1685 se dispuso la integración de los mismos en el *Programa Social de la Familia Bonaerense "Eva Perón"*, encomendándose a la Subsecretaría de Organización Comunitaria, dependiente del Ministerio de Salud y Acción Social la formulación, administración y ejecución del Programa.

El objetivo general del Programa "Eva Perón" consistía en promover e implementar un sistema de ejecución integral de la política social en la Provincia, destinado a la atención de las familias en condiciones de pobreza, intentando satisfacer sus necesidades de alimentación y de salud materno- infantil, fomentar mecanismos de asistencia y promoción que privilegien el ámbito familiar y el fortalecimiento de redes solidarias en la comunidad, así como promover y apoyar el desarrollo de capacidades laborales o de gestión de unidades económicas que tiendan a aumentar sus ingresos monetarios y no monetarios.

Este programa tenía como destinataria a la población en hogares cuyo ingreso se situaba por debajo de la "línea de pobreza", que además se hallaban en una de las siguientes situaciones: tenían "necesidades básicas insatisfechas" o se verificaban en su seno situaciones de riesgo por condición biológico-social (al menos un niño menor de 2 años, al menos dos niños menores de 6 años o mujer embarazada o amamantando). Las categorías "línea de pobreza" y "necesidades básicas insatisfechas"<sup>12</sup> son las definidas por el INDEC para la medición de la pobreza.

Se estructuró en base a la redefinición de programas que estaban en marcha, resignificándolos en el marco de una nueva estructura. Abarcaba los siguientes componentes: materno-infantil; emprendimientos de cuidado infantil; comedores escolares; grupos alimentarios multifamiliares (PAIS); mejoramiento de ingresos y capacitación para el trabajo y relevamiento de necesidades de infraestructura social.

Durante el año 1994 se reorganizaron estos componentes, al disolverse la Subsecretaría de Organización Comunitaria. El Programa Materno Infantil continuó bajo la órbita del Ministerio de Salud Provincial, pero el resto de los componentes fueron incorporados al ámbito del Consejo Provincial de la Mujer.

Se caracterizarán los componentes en los que participaba la población encuestada, tomando como base fundamentalmente los documentos elaborados por la Subsecretaría de Organización Comunitaria durante 1993 y 1994 y los

trabajos de Chiara, Leiferman y Pichon (1991), Forni (1992) y Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires/PNUD (1992).

En cuanto al *Programa de Salud Materno-Infantil*, éste reconoce un conjunto de actividades que forman parte de una rutina que tiene su origen en la Dirección Nacional de Maternidad e Infancia, creada por Ley en el año 1937, con aplicación en todas las jurisdicciones del país a través de las Jefaturas de programas provinciales.

El objetivo central del mismo es disminuir la morbimortalidad del grupo materno infantil, facilitando el acceso de la población objetivo a los servicios sanitarios y sociales del primer nivel de atención. Como actividad complementaria, se realiza la entrega de 2 kg. mensuales de leche en polvo a embarazadas, 3 kg. a lactantes y 2 kg. a niños desnutridos de 1 a 5 años. Esta entrega se realiza en los Centros de Salud, en el momento de los controles sanitarios. Tal como se indicó en un documento de la Subsecretaría de Organización Comunitaria, el programa presenta a nivel provincial algunos problemas organizacionales que disminuyeron sus condiciones de ejecutabilidad. Entre éstos se destacan la irregularidad en la entrega de los recursos en cantidad y tiempo y la falta de recolección sistemática de datos en base a indicadores homogéneos, que permitan la evaluación del impacto del programa.

En cuanto al componente de *Comedores Infantiles Integrales (2 a 5 años)*, no se registró como modalidad de asistencia alimentaria entre las familias encuestadas en Punta Lara.

El *Programa de Comedores Escolares* tiene como objetivo asistir alimentariamente a los niños en edad escolar de todo el país. Las resoluciones que han regulado su funcionamiento coinciden en señalar como objetivo del mismo la asistencia alimentaria a los alumnos carenciados que por su edad puedan resultar más gravemente afectados por la subalimentación, siendo destinado a los alumnos de las ramas preescolar, primaria, especial, psicología y asistencia social escolar, reduciéndose gradualmente en las ramas Media, técnica y agraria.

Se basa en una modalidad operativa descentralizada a nivel de Consejos Escolares, que deciden las formas de prestación del servicio y de administración de los fondos. La forma de gestión predominante es la descentralización a nivel de las escuelas, administrando las Asociaciones Cooperadoras los fondos enviados por los Consejos Escolares.

Como se señaló arriba, a partir de julio de 1992, el servicio alimentario escolar formó parte del Programa Eva Perón. Desde junio de 1993 hasta enero de 1994, en el ámbito de dicha subsecretaría se desarrolló un proyecto de Asistencia Técnica para la reformulación del servicio, que contó con el apoyo financiero del Banco Mundial a través del Programa Materno Infantil y Nutrición y con el apoyo técnico del Programa de Seguimiento y Evaluación de la Política Social de la Provincia de Buenos Aires (Ministerio de Economía, PNUD). El equipo de asistencia técnica formuló una serie de recomendaciones para la reorganización del servicio, basadas en los resultados del diagnóstico efectuado.

Entre los problemas detectados, cabe señalar:

- Los Consejos Escolares adecúan la prestación del servicio a las características de cada distrito. La descentralización del servicio a nivel de escuelas resulta la forma más utilizada de gestión. Esto da por resultado un alto grado de heterogeneidad en la calidad de la dieta y en la utilización de los recursos.

- Los recursos humanos son insuficientes. Esto se expresa en la utilización de porteros en tareas de cocina, en la participación de los maestros y personal directivo en la gestión de diversos aspectos de la prestación.

- No hay una metodología de determinación de beneficiarios que posibilite captar correctamente la población potencialmente necesitada. Para el total de la Provincia, se encontró que un tercio de los niños en situación de riesgo nutricional, de acuerdo al indicador talla-edad, no reciben ninguna asistencia alimentaria en escuelas que brindan el servicio.

- En relación a los contenidos nutricionales, se encontró bajo cumplimiento de las pautas programáticas (situación agravada en el caso de la prestación vianda), en especial en el Conurbano Bonaerense.

- Bajo desarrollo de criterios organizativos explícitamente normados, de mecanismos de comunicación formal e informal, así como la inexistencia de sistemas de información y bancos de datos específicos que aseguren la disponibilidad de información en tiempo y forma para el seguimiento de los beneficiarios, la aplicación de los fondos y el monitoreo.

El *Programa Alimentario Integral y Solidario* surgió en el año 1989, en pleno brote hiperinflacionario, con el objetivo de dar solución al problema alimentario. En 1994, durante la realización del trabajo de campo, en los barrios de Punta Lara se estaba desarrollando este Programa; a partir de 1995 comenzó

un proceso de sustitución del mismo por otro tipo de asistencia alimentaria: el programa VIDA, *Programa Materno Infantil de la Provincia de Buenos Aires*, destinado a los niños de 0 a 5 años y a las embarazadas. El apoyo nutricional que se brinda a través de este plan consiste en la entrega diaria de medio litro de leche fluida por beneficiario, 3 huevos de gallina por semana y 1 kg. de cereal (avena, arroz y harina de maíz o trigo) y de 1 kg. de azúcar por mes.

El PAIS se planteó como objetivo superar las experiencias de anteriores programas de asistencia alimentaria promoviendo “la creación de un sistema integrado e integral tendiente a dar solución al problema alimentario que atienda la necesidad de asistencia de los sectores en situación de pobreza crítica y que, a la vez, posibilite a las organizaciones comunitarias la implementación de proyectos de autoabastecimiento y producción” (Documento Programa Alimentario Integral y Solidario PAIS, Ministerio de Acción Social, 1990). En este sentido, se propuso el cumplimiento de las siguientes etapas: formación de los llamados comedores multifamiliares, desarrollo de acciones de autoabastecimiento y organización de emprendimientos productivos.

A partir del acuerdo de cinco familias como mínimo, se recibía una subvención dineraria para la compra de alimentos. Se aportaba al presupuesto familiar una cantidad de dinero per cápita, calculada en términos del valor de una comida diaria según un menú preparado por nutricionistas. El precio de los productos de la “canasta” debía ser chequeado mensualmente en comercios mayoristas. La lista incluía arroz, harina, polenta, fideos, aceite, verduras, papas, diversos cortes de carne, huevos, leche, pan y queso rallado, tomates en salsa. Estos productos eran utilizados solamente para determinar el costo de la ración, registrándose variaciones respecto de los adquiridos por los beneficiarios. El monto fijado era de \$5.5 por ración desde diciembre de 1990, momento en el que representaba el 82% del valor indicativo del canon (PNUD, 1992).

La unidad conformada por el grupo organizado de hogares (que oscilaba entre 50 y 100 personas) suscribía un compromiso solidario renovable automáticamente, que abarcaba la inclusión y el mantenimiento de los miembros. Para ingresar al mismo debía completarse una encuesta, que funcionaba como declaración jurada, sobre el número de miembros y los ingresos. Cada grupo, como único control efectivo, designaba dos apoderados que administraban el dinero que se les entregaba. Con este dinero debían efectuar sus compras en

forma comunitaria. Los apoderados debían presentar periódicamente una rendición de cuentas, con los comprobantes y la conformidad de todos los miembros (Forni, 1991).

Como segunda etapa se intentaría que, mediante un proceso de capacitación, se organizaran grupos familiares para producir elementos de autoabastecimiento y, en algunos casos, excedentes económicos a través de trabajos en huertas comunitarias, cría de pequeños animales, hornos de pan, fabricación de pastas, etc. Para apoyar este proceso, se les brindaría insumos (harinas, semillas, máquinas familiares para la fabricación de pastas, etc.).

Se prevía, en la última etapa de consolidación del grupo, promover la superación de las condiciones estructurales de pobreza, a través de la organización de unidades productivas.

En el proceso de implementación, el PAIS desarrolló básicamente el denominado "subprograma de comedores multifamiliares". Las condiciones consideradas necesarias para incorporarse al mismo eran estar sin trabajo o contar con un trabajo temporario o tener un salario mínimo como único ingreso.

Este programa no contó con un adecuado mecanismo de control y monitoreo a nivel central, sin suficiente explicitación de los criterios de ingreso y egreso. La ración otorgada a los comedores multifamiliares resultó insuficiente, considerando los valores de la canasta familiar. Además, no había periodicidad en los pagos y fue baja la cobertura alcanzada.

En el mes de enero de 1994 en la Provincia había 6.999 grupos conformados, integrados por 433.987 personas en 71 distritos bajo programa. El Gran La Plata concentraba 785 de estos grupos, con 38.541 beneficiarios. El número de grupos con experiencia en la segunda etapa era de 3128 y la cantidad de microemprendimientos productivos, de 498 en la Provincia. En el Gran La Plata se registraron 94 microemprendimientos productivos en esa fecha, que representaba el 18.87% de microemprendimientos de la región. De acuerdo con la información recogida en una entrevista realizada al personal del Ministerio de Salud y Acción Social encargado de esta región, se trataba de microempresas de subsistencia, cuyo principal obstáculo para su desarrollo radicaba en la fase de comercialización. La mayoría eran talleres de costura; también había criaderos de pollos, fábricas de pastas y pañaleras, entre otras.



## 4.2 Vías de acceso al consumo utilizadas por las unidades domésticas estudiadas: 1988 - 1994

Comparando la utilización de la asistencia alimentaria estatal en 1988 y 1994 entre las familias encuestadas, puede apreciarse que la participación en el Programa Materno Infantil tenía un peso relativo similar en ambos momentos. Un 40% de las familias retiraba leche en la Unidad Sanitaria desde 1988. El 23% de las mismas no lo hacía desde 1988, frente a un 14% que empezó a contar con ese recurso después de ese año.

En 1994, el comedor escolar registró mayor peso como apoyo alimentario entre el conjunto de unidades domésticas estudiadas. Esto se relaciona con la evolución del ciclo de vida familiar desde el momento del primer estudio, es decir, con la presencia de un mayor número de niños en edad escolar. El 41% de las madres encuestadas enviaba a sus hijos al comedor de la escuela desde 1988; sólo un 10% no lo hacía desde 1988 y un 23% de familias comenzó a hacerlo con posterioridad a esa fecha. Pero en los dos años considerados fue similar el porcentaje de informantes que no utilizaban esa opción pudiendo hacerlo, por tener hijos en edad escolar (33% y 34% en 1988 y 1994 respectivamente). Las principales razones por las cuales eligieron no enviarlos se relacionaban con problemas de conducta, con preferencias de los niños o con la voluntad de las madres de que comieran en su casa mientras pudieran hacerlo.

Otra forma de apoyo estatal para los niños en edad escolar fue mencionada por algunas madres: los Centros Educativos Complementarios, donde - de acuerdo con los testimonios recogidos - los niños almorzaban, realizaban sus tareas escolares con apoyo y eran retirados de la escuela o trasladados a la misma.

En 1988 la mayoría de las familias recibía la caja PAN (87% del total). En 1994, sólo la mitad de las familias encuestadas participaba en el plan PAIS.

La utilización de otros sistemas públicos de asistencia alimentaria tuvo una presencia más significativa después de 1988. A partir de 1989, a la recepción de mercaderías a través de la Municipalidad de Ensenada se sumó durante un período el sistema de entrega de bonos solidarios, al que tuvieron acceso varias familias del barrio y la participación en microemprendimientos productivos (Cuadro N° 14).

En cuanto a las prácticas de autoabastecimiento, la mayor parte de las familias

no cultivaba la tierra. Además, el 7% de las que poseían una huerta en 1988 dejó de cultivar, frente a un 3% que inició la actividad con posterioridad a ese año. Las principales razones mencionadas por las informantes por las cuales no desarrollaban esta actividad fueron la falta de espacio y la mala calidad de la tierra.

La posesión de animales domésticos para el consumo familiar mantuvo porcentajes similares en los dos momentos estudiados. Más de la mitad de las familias encuestadas no poseía animales en los dos años; sólo un 11% los tenía en ambos.

Las redes informales de ayuda constituyen otro de los mecanismos que contribuyen a la reproducción alimentaria familiar relacionando, como sostiene Margulis (s/f), a un grupo determinado de personas que se prestan servicios gratuitos sobre la base de la confianza y la reciprocidad. Se establecen principalmente entre parientes; también se dan entre vecinos y amigos. La institución del compadrazgo refuerza en muchas ocasiones los lazos de parentesco o crea vínculos entre amigos.

En los trabajos de campo realizados en 1988 y 1994 fueron detectados los siguientes tipos de intercambios que fueron categorizados como redes informales de ayuda: préstamo de dinero o mercaderías; regalos de productos de la caja PAN que no eran utilizados; donación del plan PAIS; permitir el uso del equipamiento doméstico, por ejemplo, de la heladera; compartir la comida; cuidar a los niños durante la ausencia de la madre por trabajo. Estos mecanismos fueron mencionados por algunas informantes como respuesta a una pregunta general sobre qué otros tipos de ayuda alimentaria recibía su familia, además de la participación en las políticas públicas mencionadas.

El hecho de tener una familia de pocos miembros, contar con un trabajo estable o disponer de mejores condiciones habitacionales se señalaron como los factores que colocaban a una familia en situación de brindar ayuda:

*“Ella (la vecina) a veces me compraba cosas en el almacén. Tiene una nena sola... el marido tiene un trabajo estable.” (Entrevista N° 1, 1988)*

*“Yo le tengo que pasar mercadería porque mi cuñado trabaja mensual... Ellos están en un sueldo menos que mi marido... mi marido gana mucho más que él, trabaja, tiene horas extra y gana mucho mejor que él.” (Entrevista N° 3, 1988)*

*“... un año más o menos será que yo como ya estaba mejor lo doné a mi hermana (el plan País)”. (Entrevista N° 18, 1994).*

Tomando en cuenta la utilización de las diferentes estrategias en función de la pertenencia de las unidades domésticas a los sectores formal e informal de la economía, puede observarse una disminución en 1994 del porcentaje de familias que poseían animales domésticos para su consumo entre las del sector formal. En 1994 aumentó el porcentaje de las que retiraban leche de la unidad sanitaria sobre el total de familias informales, disminuyendo la proporción de las que utilizaban esa opción sobre el total de familias del sector formal y formal/informal con respecto a 1988. En cuanto al comedor escolar, en 1994 aumentó el porcentaje de familias sobre el total de las pertenecientes al sector informal y al sector formal/informal que usaban esa estrategia (Cuadro N° 15).

Este mayor peso de la asistencia alimentaria escolar entre las familias encuestadas se vincula, como se señaló arriba, con la evolución del ciclo de vida familiar y el consiguiente aumento en el número de familias con posibilidades de su utilización. Si se circunscribe la muestra a las familias con niños en edad escolar, evaluando así la decisión sobre el uso de este recurso entre las familias que tenían la posibilidad de hacerlo, puede observarse que disminuyó entre las del sector formal e informal de la economía, aumentando entre las del sector formal/informal.

En 1988 el 96% de las familias del sector informal de la economía recibía la caja PAN. En 1994, sólo el 64% de las mismas participaba en el plan PAIS.

Considerando la estabilidad del jefe en el trabajo principal, en 1994 disminuyó la proporción de familias que criaban animales para el consumo doméstico, que cultivaban la tierra y que retiraban leche de la Unidad Sanitaria entre aquellas cuyos jefes tenían una ocupación estable. Sólo un 64% de unidades domésticas con jefe inestable laboralmente participaba del plan PAIS, en tanto en 1988 la totalidad de ese grupo recibía la caja PAN.

Creció la proporción de familias que enviaban a sus hijos al comedor de la escuela entre las que su jefe era un trabajador inestable (Cuadro N° 16). Del total de familias con hijos en edad escolar, el 67% de las que no utilizaban este recurso en los dos años considerados contaban con un jefe con estabilidad laboral.

Si se toma como punto de referencia la canasta de subsistencia elaborada por

FIDE para mayo de 1994, puede verse que el 43% de las familias que no alcanzaban ese monto con su ingreso, sin llegar a estar ubicadas por debajo de la línea de pobreza determinada por el INDEC, participaba en el PAIS; el 57% enviaba a sus hijos al comedor de la escuela y el 38% participaba en el Programa Materno Infantil.

Sobre el total de familias ubicadas por debajo de la línea de pobreza determinada por el INDEC para el Gran Buenos Aires, pero por encima de la línea de indigencia, percibía el subsidio del plan PAIS un 64%; el 75% de ese grupo enviaba a sus hijos al comedor escolar y el 57% de las mismas retiraba leche de la Unidad Sanitaria.

Del conjunto de familias que se encontraban en la situación de mayor vulnerabilidad (por debajo de la línea de indigencia determinada por el INDEC para el Gran Buenos Aires) en 1994, no alcanzaba a la mitad el grupo que recibía el PAIS. La mayoría de estas familias se inscribieron en el Plan y desconocían las causas por las cuales no eran beneficiarias del mismo. El 82% de las mismas contaba, en cambio, con ayuda alimentaria para una parte de sus miembros: los niños menores de 2 años, a través del Programa Materno Infantil y los niños en edad escolar, a través del Programa de Comedores Escolares.

Considerando el total de familias que participaban en cada programa, puede verse que del conjunto de las que recibían el subsidio PAIS, el 14.3% estaba ubicado por debajo de la línea de indigencia; un 51.4%, por debajo de la línea de pobreza y un 25.7% por encima de esta línea, sin alcanzar a cubrir la canasta de subsistencia determinada por FIDE. En cuanto al comedor escolar, el 20% de las familias cuyos niños concurrían al mismo estaba por debajo de la línea de indigencia; el 47%, por debajo de la línea de pobreza y el 27% superaba esa línea, pero no cubría el monto de la canasta de subsistencia FIDE. Por otra parte, el 24% de las familias que retiraba leche de la Unidad Sanitaria pertenecía al grupo ubicado por debajo de la línea de indigencia, un 42% no alcanzaba el monto establecido para la línea de pobreza y un 21% estaba por debajo del valor de la canasta de subsistencia FIDE.

Estas cifras muestran que el programa alimentario dirigido al conjunto de los miembros de la familia (PAIS) tenía la menor cobertura, dejando sin asistencia a familias que se encontraban en una situación social crítica. Además, sólo un 36% de familias cuyos ingresos se ubicaban por debajo de la línea de indigencia y una

proporción similar de las que no alcanzaban con el mismo el valor de la línea de pobreza eran beneficiarias de los tres programas de asistencia alimentaria mencionados en forma simultánea.

En cuanto a la prioridad asignada por las informantes a las distintas opciones como aporte para la alimentación familiar, el plan PAIS y el comedor escolar fueron consideradas las más importantes: 30% y 29% de las mujeres encuestadas respectivamente (Cuadro N° 17).

Por otra parte, los programas estatales fueron calificados como buenos en la mayor parte de las respuestas (Cuadro N° 18). Las informantes valoraron especialmente el comedor escolar, manifestando que permitía asegurar una comida diaria para sus hijos constituyendo, en muchos casos, el único sistema de asistencia al que tenía acceso la familia:

*“A mí lo que me salva es el comedor del colegio. Porque yo, yendo todos los chicos al comedor ya no tengo que hacer comida, viste, porque ellos cuando yo no tenía para darles de comer, porque ellos no iban al comedor (se refiere a sus dos hijos menores, que aún no asisten a la escuela) siempre la directora de la escuela siempre me daba comida para los chicos que quedaban en casa. Yo, como le decía a ella siempre, no me preocupo por nosotros, yo si no tengo para comer no me importa, le digo, pero yo lo que pienso es los chicos.” (Entrevista N° 8. 1994).*

La mayoría coincidió en señalar el mejoramiento de la calidad del servicio. En 1988 se recogieron testimonios de madres que señalaban que sus hijos comían en su hogar, además de asistir al comedor y que las comidas de preparación más frecuente eran guisos, arroz, polenta y albóndigas. En 1994, en cambio, las opiniones favorables sobre el servicio se registraron en mayor proporción. Las madres destacaron el aumento del consumo de carnes y postres:

*“... las comidas cambiaron muchísimo. Antes no tenían ni postre los chicos, ahora todos tienen postre, así que cambiaron bastante... Le dan pastel de papas, le dan milanesas, le dan salchichas así con puré, fideos con tuco. No, le dan de comer bien en el comedor.” (Entrevista N° 8, 1994).*

En el caso del Programa PAIS, la mayoría de las informantes consideró que su ventaja principal con respecto a la caja del PAN que recibían en el período anterior radicaba en la posibilidad de elegir las mercaderías para el consumo de todo el grupo familiar, pero señalaron como grave inconveniente la irregularidad de su recepción. Por otra parte, a través de una serie de testimonios recogidos pudo detectarse la falta de homogeneidad en la forma de procedimiento; algunas entrevistadas manifestaron su disconformidad porque la jefa del grupo les entregaba directamente mercadería, sin contar con la posibilidad de realizar su propia compra. Otra cuestión acerca de la cual manifestaron numerosas críticas fue la falta de claridad en cuanto a los criterios de selección de la población beneficiaria:

*“A mí se me hace que era mejor la Caja. Porque venía más cantidad de cosas y se daba directamente a todos los que precisaban. En cambio el plan País hay mucho chusmerío o qué, a mi nunca me la dieron y conozco gente que la está repartiendo y que han visto cómo estamos. Estamos bien en el sentido me refiero que él trabaja y mal o bien los chicos comen. Pero, realmente nosotros también lo precisamos y no me dieron y hay gente que va con moto, con auto y lo retira. Sabe porqué, porque están adelante de mi casa, van y lo entregan ahí. Yo vivo al fondo... Veo todo. A qué gente se lo entregan y todo... el Plan País por ejemplo hacen un grupo de, por ejemplo si yo me hago cargo, me hago cargo directamente de todos lo que se me antoja a mí, no busco a esta, aquella, tiene tantos chicos, nada. Yo lo veo así.”* (Entrevista N° 7, 1994).

La asistencia alimentaria vigente en 1994, comparándola con la de 1988, fue evaluada positiva y negativamente por el mismo porcentaje de mujeres encuestadas. Las primeras aludieron a la posibilidad de elegir las mercaderías a través del PAIS; las segundas, a la reducción en la cantidad de beneficiarios comparando este Programa con el PAN.

Con respecto a la existencia de programas de ayuda alimentaria, la mayoría de las mujeres entrevistadas en 1994 los consideraron necesarios dada la falta de oportunidades de trabajo pero destacaron la importancia de destinarlos a quien “realmente necesita”, tomando especialmente en cuenta el tamaño del

grupo familiar. De todos modos, las informantes manifestaron que el apoyo debería consistir en la oferta de trabajo y mejora de los salarios:

*“... es preferible den un sueldo más o menos que a la gente le pueda alcanzar y dejar de darle esos planes así, que acá pueda cambiar un poco más y tener un sueldo mejor.” (Entrevista N° 4, 1994).*

*“... que una ayuda pienso yo a la gente darle trabajo... dando trabajo, que es eso lo principal: trabajo. No necesitan de que anden pidiendo, sino que trabajen.” (Entrevista N°11, 1995).*

Valoraron la experiencia de los microemprendimientos, de la que algunas de ellas pudieron participar:

*“... a la gente tendrían que darle trabajo, pienso yo, no sé. Por ahí no hay mucho trabajo, pero algo, pero como siempre no hay para trabajar , pero lo bueno que me parece así era lo otro, ¿cómo es esto que a la gente la ayudaban con dinero?, para elaborar las cosas y poderlas vender, como un trabajo.” (Entrevista N° 5, 1994).*

## 5. Evaluación de las informantes de la situación familiar

En cuanto a la evaluación comparativa de la *situación laboral* de las familias encuestadas, se registraron proporciones similares de opiniones que consideraron mejor y peor la situación de 1994.

El argumento principal del primer grupo se centró en el logro de *estabilidad laboral* por parte del jefe de familia. Las informantes que consideraron que la situación de 1994 era más desfavorable desde el punto de vista ocupacional, pusieron el acento en las dificultades para obtener trabajo.

Con respecto a la *situación de la vivienda*, la mayoría de las informantes manifestaron haber realizado mejoras en la misma en los años posteriores a 1988. En la mayoría de los casos, en los momentos del período 1988-1994 en los que fue posible realizar ahorros por mejoras en las condiciones de trabajo e ingreso familiar, éstos estuvieron destinados a la vivienda.

Aproximadamente la mitad de las informantes consideró mejor la *situación global de la familia* en 1994; un 29% opinó lo contrario. El aspecto al que se le otorgó mayor peso para esta evaluación fue el *trabajo*: la obtención de una ocupación estable o las dificultades para conseguir un empleo respectivamente (Cuadro N° 19).

Del total de mujeres que evaluaron la situación familiar de 1994 como más favorable, el 40% señaló como causa el logro de *estabilidad laboral*. Según la percepción de las mismas esta situación les permitía, además de contar con un ingreso mensual seguro, obtener una serie de ventajas asociadas, como por ejemplo solicitar préstamos, créditos y comprar “fiado” en los negocios del barrio:

*“... sabés porqué estamos mejor ahora, porque mi esposo tiene trabajo seguro. Por eso. No porque haya cambiado nada lo de antes y lo de ahora. Porque el cambio de gobierno eso, supongo que estamos peor ahora, pero en el sentido que digo del trabajo de nosotros, del trabajo de mi marido, por eso. El tiene trabajo seguro, por ese motivo. (...) Porque él nunca tuvo trabajo efectivo, es la primera vez. (...) O sea que nosotros podemos sacar crédito y saber que se va a poder pagar (...) porque una vez que vos tenés trabajo efectivo, vos vas a un negocio, vas y le decís dame anotado y te lo dan porque sabés que estás trabajando y que lo podés pagar. Pero si vos no tenés un trabajo efectivo no te quieren dar.” (Entrevista N° 11, 1995, Ingreso familiar: \$800, 8 miembros).*

*“Bueno, en el 88 creo que mi marido no tenía un trabajo seguro... la situación yo creo que era difícil para todos en general, pero ahora hace tiempo que ya tiene un trabajo seguro, no se gana mucho pero es una seguridad porque ya tiene un sueldo...” (Entrevista N° 18, 1995. Ingreso familiar: \$450; 5 miembros).*

*“ ... porque en el 88 mi marido no tenía trabajo, directamente no conseguía trabajo por ningún lado y ahora por lo menos tiene trabajo (...) exactamente no digo que esté bien, bien, pero él tiene trabajo y es la seguridad.” (Entrevista N° 7, 1994. Ingreso familiar: \$370; 8 miembros).*



*“... mi marido por ahí trabajaba, por ahí no. Ahora consiguió un trabajo que es estable, está o sea permanente, está efectivo. (...) antes para darle un crédito era un desastre, si no tenía un garante, ahora uno puede ir con el sobre mi marido y sacar un crédito que antes no se lo daban así nomás. .. Por ahí no tenemos para comprar y vamos y sacamos (...) yo más o menos gasto por día porque corto mucho \$10, por ahí... y los gastos de ropa así, también crédito. Por ahí le compro. Pasarán dos meses y si puedo me vuelvo a meter de vuelta y así. Así de comprar todos los meses, no, no se puede comprar, nos vestimos no comemos.” (Entrevista N° 4, 1994. Ingreso familiar: \$400, 6 miembros).*

Un 13% de ese conjunto manifestó que su opinión acerca de una situación más favorable en 1994 se basaba en la estabilidad general de los precios en los últimos años, pero aclararon que la situación familiar no era buena desde el punto de vista de los ingresos (la mayor parte de estas familias no alcanzaba con los mismos a cubrir el valor de la línea de pobreza determinada por el INDEC para el Gran Buenos Aires). El siguiente testimonio es ilustrativo de la situación de este grupo de familias:

*“... estoy mejor que en el 88 porque me parece que ahora lo único que a nosotros en este momento nos hace falta es el trabajo. El trabajo es pienso en este momento la parte fundamental de nuestra familia porque en este momento mi marido está sin trabajo, se las rebusca con changuitas ... Nos está costando muchísimo, pero bueno, para mí está, como están estables las cosas, está un poco mejor ... cuando está contratado uno sabe puede contar con unos pesos a fin de mes, pagar un crédito, comprar algunas cosas para los chicos, sacar algo que a uno, pero sin trabajo efectivo no se puede, no puede mejorar en nada porque nada más subsiste para la comida. Ahora están de vacaciones todos los chicos, por ahí es un poco más de gasto porque no van a ningún comedor de la escuela los chicos, un poco más de gasto, pero bueno, nada más con las changuitas se puede comer (...) antes mi hijo no trabajaba, ahora sí trabaja, él trabaja y nos ayuda un montón... cuida coches en La Plata... y a veces (saca) \$20, a veces \$10, a veces para el micro y a veces no, a veces, bueno, cuando llueve no va porque directamente no trabaja...”*

*(Entrevista N° 2, 1994. Ingreso familiar variable: jefe albañil por su cuenta; hijo cuida autos en la calle y recibe propinas).*

## 6. Comentarios finales

A partir de los datos obtenidos en los trabajos de campo realizados en 1988 y 1994, fue posible evaluar comparativamente la situación de un grupo de familias asentadas en barrios periurbanos de la localidad de Punta Lara, partido de Ensenada.

En primer lugar, cabe destacar el mejoramiento general en las condiciones habitacionales y de equipamiento doméstico. A partir de créditos, donaciones del Municipio, cobro de indemnizaciones por despido o ahorros producto del trabajo, las familias modificaron sus viviendas: ampliaron, reemplazaron ambientes de chapa, cartón y madera por material, así como también fueron adquiriendo algunos artefactos domésticos.

Esta situación puede vincularse con los cambios ocurridos en el conjunto del aglomerado. Comparando los datos del Censo Económico de 1980 con los de 1991, puede observarse una reducción de la población que vive en hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas en los tres partidos del Gran La Plata (tanto en las mediciones efectuadas con los cuatro criterios tradicionales como con los indicadores desagregados utilizados a partir de 1992<sup>13</sup>). La mayoría de los pobres estructurales lo son porque no satisfacen sólo una necesidad básica, generalmente relacionada con la vivienda. Así, cualquier mejora en uno o varios de estos indicadores de vivienda tiene un impacto directo sobre el volumen de la pobreza estructural (Golbert y Fanfani, 1994).

Ahora bien ¿este mejoramiento en las condiciones habitacionales puede relacionarse con una situación favorable desde el punto de vista del ingreso?

Considerando este aspecto, pudo apreciarse que la mayoría de los hogares encuestados que han accedido a esas mejoras no contaban en 1994 con ingresos corrientes suficientes para adquirir los bienes y servicios necesarios para satisfacer el conjunto de las necesidades básicas familiares:

- el 86% de las unidades domésticas no alcanzaba con sus ingresos a cubrir el costo de la canasta básica de subsistencia elaborada por FIDE para mayo de 1994

- el 56% del total de familias estaba ubicado por debajo de la línea de pobreza (tomando como referencia la línea de pobreza definida por el INDEC para una familia tipo del Gran Buenos Aires).

Podría plantearse que este enfoque de los ingresos no da cuenta del acceso a otras fuentes que contribuyen a la satisfacción de las necesidades alimentarias: autoabastecimiento familiar o asistencia estatal. Pero, de acuerdo con los resultados del estudio realizado, puede verse que el cultivo de la tierra y la posesión de animales domésticos no constituían un apoyo importante para la alimentación entre las familias encuestadas. En cuanto a los programas estatales vigentes en 1994, el plan PAIS incluía como beneficiarias a la mitad de las familias encuestadas. Del conjunto de las mismas ubicadas por debajo de la línea de indigencia, no llegaba a la mitad las que recibían este subsidio; entre las situadas por debajo de la línea de pobreza, sólo lo percibía el 64%.

El programa alimentario estatal que tenía mayor peso entre estas unidades domésticas en 1994 era el comedor escolar. La mayoría de las familias que no utilizaban esta opción pudiendo hacerlo, ya que tenían niños en edad escolar, tenían un jefe con ocupación estable. El 85% de las familias con ingresos inferiores a la línea de indigencia enviaba a sus hijos al comedor, así como el 75% del conjunto de familias ubicadas por debajo de la línea de pobreza.

Por lo tanto, puede concluirse que los programas estatales de ayuda alimentaria en ese momento resultaban insuficientes para complementar el ingreso familiar. El PAIS, única asistencia dirigida al conjunto de los miembros de las unidades domésticas, presentaba una cobertura restringida, dejando sin apoyo a familias en situación social crítica. Además, de acuerdo con los testimonios recogidos, no era regular, sus criterios de selección resultaban poco claros y su monto, insuficiente. En el transcurso de 1995 dejó de implementarse. El comedor escolar, dirigido sólo a una parte de los miembros de la familia, apareció como el recurso de mayor peso y el más valorado por las madres entrevistadas. En 1995 comenzó a desarrollarse un nuevo programa, VIDA, cuyos beneficiarios son las embarazadas, nodrizas y niños de 6 meses a 5 años.

Por otra parte, en el momento de la realización de los trabajos de campo, los programas que se desarrollaban en la zona eran de carácter netamente asistencialista; en su implementación dejaban sin cumplir buena parte de los objetivos enunciados en su formulación: en estos barrios no se fortalecieron

redes solidarias ni se promovió el desarrollo de capacidades laborales o de gestión.

Esto último apareció en los testimonios de las mujeres entrevistadas al evaluar la existencia de programas de asistencia alimentaria. Si bien valoraron su presencia como una ayuda dada su situación social, consideraron a las oportunidades de trabajo como el mejor apoyo posible.

La posesión de un trabajo estable resultó el eje central en los testimonios recogidos para definir la situación familiar global. Este aspecto y, en segundo lugar, la estabilidad general de los precios, fueron los de mayor peso para considerar como más favorable, a pesar de los magros ingresos, la situación de 1994 en relación a 1988, momento asociado por las informantes al brote hiperinflacionario.

La intensificación de la participación económica familiar, a través del trabajo o de la búsqueda activa del mismo, las altas tasas de desocupación registradas y la concepción de la población vulnerable sobre los programas estatales de asistencia alimentaria constituyen elementos que ponen de relieve la necesidad de un replanteo en el diseño de estos últimos, para intentar impulsar políticas sociales que se relacionen con la creación de fuentes de trabajo y que tengan en cuenta el punto de vista de los beneficiarios no solamente para evaluar la marcha de un plan, sino también en el momento de su formulación.

**CUADRO N° 1**  
Unidades domésticas según  
cambios en su composición 1988 - 1994

<b>CAMBIOS</b>	<b>N°</b>	<b>%</b>
Nacimientos	39	55,7
Incorporaciones	9	12,9
Fallecimientos	1	1,4
Abandonos	17	24,3
Sin cambios	18	25,7
n=70 Fuente: Encuestas realizadas en Punta Lara, 1988 y 1994.		

**CUADRO N° 2**  
Unidades domésticas según cambios en la tenencia del  
terreno y vivienda: 1988 - 1994. Porcentajes

<b>CAMBIOS</b>	<b>TERRENO</b>	<b>VIVIENDA</b>
Obtuvieron prop.	22,9	12,9
Sin cambios	75,7	85,7
No consignado	1,4	1,4
Valor de n	70	70
Fuente: Idem Cuadro N° 1		

CUADRO N° 3	
Unidades domésticas según cambios en la vivienda:1988 - 1994. Porcentajes	
N° DE VIVIENDAS EN EL TERRENO	
CAMBIOS	%
Aumento	7,1
Igual	78,6
Disminución	12,9
No consigna	1,4
Valor de n	70
CONDICIONES VIVIENDA	
CAMBIOS	%
Mejóro	65,7
Está igual	27,1
Empeoró	5,7
No consigna	1,4
Valor de n	70
Fuente: Idem Cuadro N° 1	

CUADRO N° 4		
Viviendas según cambios en el número de cuartos: 1988 - 1994. Porcentajes		
<b>CAMBIOS</b>	<b>Cuartos (sin baño/cocina)</b>	<b>Cuartos para dormir</b>
Aumento	52,9	47,1
Igual	41,4	44,3
Disminución	4,3	5,7
No consigna	1,4	2,9
Valor de n	70	70
Fuente: Idem Cuadro N° 1		

**CUADRO N° 5**  
**Viviendas según cambios en los servicios:**  
**1988 - 1994. Porcentajes**

***ELECTRICIDAD EN LA VIVIENDA***

CAMBIOS	%
---------	---

Incorporaron	11,4
--------------	------

Sin cambios	88,6
-------------	------

Valor de n	70
------------	----

***PROVISION DE AGUA***

CAMBIOS	%
---------	---

Mejóro	22,9
--------	------

Sin cambios	75,6
-------------	------

No consigna	1,4
-------------	-----

Valor de n	70
------------	----

***SERVICIO SANITARIO***

<b>CAMBIOS</b>	<b>SERVICIO EXCLUSIVO</b>	<b>TIPO DE SERVICIO</b>
----------------	-------------------------------	-----------------------------

Mejóro	8,6	18,6
--------	-----	------

Sin cambios	85,7	80,0
-------------	------	------

Emperó	4,3	0,0
--------	-----	-----

No consigna	1,4	1,4
-------------	-----	-----

Valor de n	70	70
------------	----	----

Fuente: Idem Cuadro N° 1

## CUADRO N° 6

Viviendas según materiales predominantes en su  
construcción: 1988 - 1994. Porcentajes

<b>TECHO</b>	<b>1988</b>	<b>1994</b>
Losa	8,0	1,4
Madera	0,0	1,4
Chapas	51,0	72,8
Fibrocemento	7,0	1,4
Cartón	11,0	0,0
Chapa y cartón	13,0	1,4
Tejas y chapas	2,0	1,4
Chapas y fibroc.	3,0	1,4
Material y chapa	1,0	4,3
No consigna	4,0	14,3
Valor de n	100	70
<b>PAREDES</b>	<b>1988</b>	<b>1994</b>
Ladrillos o bloques	28,0	38,6
Madera y chapa	10,0	5,7
Cartón	7,0	0,0
Chapa y cartón	2,0	1,4
Madera	22,0	21,4
Chapa	10,0	4,3
Material y chapa	3,0	5,7
Madera y material	12,0	11,4
Fibrocemento	2,0	0,0
No consignado	4,0	11,4
Valor de n	100	70
<b>PISO</b>	<b>1988</b>	<b>1994</b>
Cemento	56,0	50,0
Tierra	8,0	1,4
Mosaico/baldosas	11,0	20,0
Tierra y cemento	2,0	1,4
Cemento y baldosas	4,0	7,1
Madera y mosaico	2,0	1,4
Madera	6,0	2,9
Otro	2,0	0,0
No consignado	9,0	15,7
Valor de n	100	70

Fuente: Idem Cuadro N° 1



### CUADRO N° 7

Población mayor de 10 años según condición de ocupación: 1988 - 1994.

Porcentajes

POBLACION	1988			1994		
	Ocupados	Inactivos	Desocup.	Ocupados	Inactivos	Desocup.
10-13	2,5	39,2	0,0	1,9	45,9	0,0
14-18	5,8	12,6	10,5	11,7	28,7	0,0
19-22	2,5	4,2	5,3	6,8	3,2	17,4
23-32	40,0	24,5	63,2	15,5	5,7	21,7
33-42	33,3	14,0	15,8	46,6	9,6	30,4
43-52	7,5	0,7	0,00	10,7	2,5	30,4
53 y +	5,0	1,4	5,3	6,8	3,8	0,0
No consigna	3,3	3,5	0,0	0,0	0,6	0,0
Valor de n	120	143	19	103	157	23

Fuente: Idem Cuadro N° 1

### CUADRO N° 8

Población mayor de 10 años según condición de ocupación y tipo de integrante de la unidad doméstica: 1988 - 1994.

Porcentajes

INTEGRANTE	1988			1994		
	Ocupados	Inactivos	Desocup.	Ocupados	Inactivos	Desocup.
Jefe	73,3	3,5	36,8	58,3	2,5	26,1
Cónyuge	12,5	43,4	47,4	21,4	17,6	56,5
Hijo	6,7	48,3	0,0	18,4	75,8	17,4
Otro	7,5	4,9	15,8	1,9	3,8	0,0
Valor de n	120	143	19	103	157	23

Fuente: Idem Cuadro N° 1

<p align="center"><b>CUADRO Nº 9</b>  Población mayor de 10 años según categoría ocupacional (trabajo principal): 1988 - 1994.  Porcentajes</p>						
CATEGORIA OCUPACIONAL	1988			1994		
	Jefe	Cónyuge	Otro	Jefe	Cónyuge	Otro
Asalariados	80,6	80,0	76,3	71,7	72,7	81,0
Cta.propia sin l/v	19,3	13,3	23,5	20,0	22,7	19,0
Cta.propia con l/v	0,0	0,0	0,0	8,3	4,5	0,0
Empleador	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
No consigna	0,0	6,7	0,0	0,0	0,0	0,0
Valor de n	88	15	17	60	22	21
Fuente: Idem Cuadro Nº 1						

<p align="center"><b>CUADRO Nº 10</b>  Población mayor de 10 años según rama de actividad (trabajo principal): 1988 - 1994. Porcentajes</p>						
RAMA DE ACTIVIDAD	1988			1994		
	Jefe	Cónyuge	Otro	Jefe	Cónyuge	Otro
Ind. manufac.	27,3	0,0	5,9	8,3	0,0	4,8
Construcción	18,2	0,0	5,9	25,0	0,0	28,6
Comercio	11,4	13,3	35,3	13,3	27,3	28,6
Servicios	33,0	40,0	17,6	45,0	36,4	23,8
Servicios pers.	4,5	40,0	29,4	8,3	36,4	0,0
Otro	5,7	0,0	5,9	0,0	0,0	0,0
No consigna	0,0	6,7	0,0	0,0	0,0	0,0
Valor de n	88	15	17	60	22	21
Fuente: Idem Cuadro Nº 1						

### CUADRO Nº 11

Población mayor de 10 años según estabilidad en el trabajo principal: 1988 - 1994. Porcentajes

ESTABILIDAD LABORAL	1988			1994		
	Jefe	Cónyuge	Otro	Jefe	Cónyuge	Otro
Estable	46,6	60,0	17,6	66,7	50,0	9,5
Inestable	22,7	33,3	70,6	30,0	45,5	76,2
Contrato temp.	30,7	0,0	11,8	3,3	4,5	14,3
No consigna	0,0	6,7	0,0	0,0	0,0	0,0
Valor de n	88	15	17	60	22	21

Fuente: Idem Cuadro Nº 1

### CUADRO Nº 12

Población mayor de 10 años según número de horas semanales de trabajo: 1988 - 1994. Porcentajes

HORAS SEMANALES	1988			1994		
	Jefe	Cónyuge	Otro	Jefe	Cónyuge	Otro
Menos de 5 hs.	0,0	0,0	0,0	1,7	4,5	0,0
de 6 a 10hs.	0,0	13,3	0,0	1,7	4,5	0,0
de 11 a 15 hs.	1,1	13,3	0,0	0,0	9,1	4,8
de 16 a 34 hs.	6,8	26,7	23,5	5,0	27,3	19,0
35 hs. y más	84,1	33,3	58,8	80,0	36,4	38,1
variable	8,0	6,7	17,6	11,7	18,2	38,1
No consigna	0,0	6,7	0,0	0,0	0,0	14,3
Valor de n	88	15	17	60	22	21

Fuente: Idem Cuadro Nº 1

### CUADRO N° 13

Unidades domésticas según relación consumidores/  
productores de ingresos y edad de los hijos: 1988 -  
1994. Porcentajes

INDICE C/P	1988	1994
Hasta 3	24,0	30,0
3.1 - 5	35,0	38,6
5.1 - 8	25,0	24,3
Más de 8	6,0	2,9
Nadie produce	10,0	2,9
Valor de n	100	70
Fuente: Idem Cuadro N° 1		

### CUADRO N° 14

Unidades domésticas según vías de acceso al consumo  
alimentario: 1988 - 1994. Porcentajes

VIAS	1988	1994
Caja Pan	87,0	0,0
Plan País	0,0	50,0
Compras com.	0,0	10,0
Plan Mat-Inf.	54,0	54,3
Comedor Esc.	45,0	64,3
Huerta	6,0	2,9
Animales	25,0	24,4
Otro sistema	14,0	37,1
No utilizan	6,0	22,9
Valor de n	100	70
Fuente: Idem Cuadro N° 1		

### CUADRO N° 15

Unidades domésticas por vías de acceso al consumo según sector del trabajo al que pertenece: 1988 - 1994.

Porcentajes horizontales

1988 SECTOR	Animales	Huerta	Leche	Comedor	Pan	Otro	No usan	Valorn
Formal	26,4	3,8	52,8	50,9	86,8	9,4	3,8	53
Informal	28,6	10,7	53,6	57,1	96,4	21,4	7,1	28
Formal/informal	22,2	0,0	55,6	33,3	77,8	0,0	11,1	9
Total	25,0	6,0	54,0	45,0	87,0	14,0	6,0	90
1994 SECTOR	Animales	Huerta	Leche	Comedor	País	Otro	No usan	Valorn
Formal	11,5	0,0	42,3	50,0	50,0	23,0	15,4	26
Informal	32,0	8,0	64,0	76,0	64,0	48,0	4,0	25
Formal/informal	25,0	6,2	43,7	68,7	31,2	43,8	0,0	16
Total	24,3	2,9	54,3	64,3	50,0	37,1	22,9	67

Fuente: Idem Cuadro N° 1

### CUADRO N° 16

Unidades domésticas por vías de acceso al consumo según estabilidad del jefe en el trabajo principal: 1988 - 1994.

Porcentajes horizontales

1988 ESTABILIDAD	Animales	Huerta	Leche	Comedor	Pan	Otro	No usan	Valorn
Estable	24,4	7,3	51,2	51,2	90,2	12,2	10,3	41
Inestable	35,0	10,0	70,0	55,0	100,0	20,0	0,0	20
Contrato temp.	14,8	0,0	55,5	44,4	77,8	7,4	3,7	27
Total	25,0	6,0	54,0	45,0	87,0	14,0	6,0	88
1994 ESTABILIDAD	Animales	Huerta	Leche	Comedor	País	Otro	No usan	Valorn
Estable	11,5	0,0	42,3	50,0	50,0	23,0	15,4	39
Inestable	32,0	8,0	64,0	76,0	64,0	48,0	4,0	19
Contrato temp.	25,0	6,2	43,7	68,7	31,2	43,8	0,0	2
Total	24,3	2,9	54,3	64,3	50,0	37,1	22,9	60

Fuente: Idem Cuadro N° 1

### CUADRO N° 17

Unidades domésticas según prioridad asignada a los programas estatales de asistencia alimentaria: 1994. Porcentajes

PRIORIDAD	Plan País	Comedor	Materno inf.	Otro
Prioridad 1	30,0	28,6	0,0	7,1
Prioridad 2	11,4	14,3	5,7	1,4
Prioridad 3	0,0	1,4	0,0	1,4

Nota: 16 unidades domésticas (22.8%) no usan ningún programa  
5 unidades domésticas (7.1%) consideran a todos por igual  
3 unidades domésticas (4.3%) no saben/no contestan

Fuente: Encuesta realizada en Punta Lara, 1994

### CUADRO N° 18

Unidades domésticas según calificación de los programas estatales de asistencia alimentaria: 1994. Porcentajes

CALIFICACION	Plan País	Materno inf.	Comedor
Bueno	71,4	81,6	80,0
Regular	25,7	15,8	20,0
Malo	0,0	0,0	0,0
No consigna	2,9	2,6	0,0
Valor de n	35	38	45

Fuente: Idem Cuadro N° 17

### CUADRO N° 19

Unidades domésticas según evaluación de su situación: 1994. Porcentajes

EVALUACION	Sit. laboral	Sit. vivienda	Asist.aliment.	Sit. general
Mejor en 1988	42,9	11,4	35,7	28,6
Mejor en 1994	44,3	74,3	35,7	54,3
Igual	11,4	12,9	12,9	14,3
No sabe	1,4	1,4	10,0	2,8
No consigna	0,0	0,0	4,3	0,0
Valor de n	70	70	70	70

Fuente: Idem Cuadro N° 17

- (1) Como se señaló en el trabajo citado (Colman y colab., 1992), las madres son las Informantes más adecuadas en tanto el tema alimentario es una preocupación femenina; dada la división sexual del trabajo imperante, es tarea de la mujer la organización doméstica y la relación con las instituciones públicas.
- (2) En 1988, simultáneamente al período de aplicación de la encuesta, se desarrolló un programa de Parasitosis Infantil en la Unidad Sanitaria en el que participaron Eduardo Cueto Rúa, Ricarda Cagnoli y Catalina Vemengo (médicos pediatras), Raquel Feldman y colaboradores de la Cátedra de Parasitología Comparada de la Facultad de Ciencias Veterinarias de la UNLP (bacteriólogos), Silvia Attademo, Amalia Eguía y Susana Ortale (antropólogas). Como parte de ese Programa, los médicos pediatras realizaron el diagnóstico del estado nutricional de los niños.
- (3) Esto fue posible gracias al personal de la Unidad Sanitaria "El Molino", que tanto en 1994 como en 1988 colaboró ampliamente con nuestro trabajo.
- (4) De acuerdo a la Encuesta Permanente de Hogares, INDEC, la tasa de desocupación está calculada como porcentaje entre la población desocupada y la población económicamente activa.
- (5) Calculada como porcentaje entre la población subocupada y la población económicamente activa. La Encuesta Permanente de Hogares considera subocupados visibles u horarios a aquellos que trabajan menos de 35 horas semanales y desean trabajar más.
- (6) Pueden enunciarse tres momentos en el ciclo de vida de las unidades domésticas:
  - Primer momento: se refiere a aquellas unidades de constitución relativamente reciente, con hijos pequeños, en las cuales la responsabilidad de proveer los ingresos

para mantener a la familia es de los padres.

- Segundo momento: corresponde a las unidades domésticas en las cuales existen hijos mayores que pueden participar o no en la generación de ingresos para la sobrevivencia, pero la responsabilidad del mantenimiento doméstico sigue siendo de los padres.

- Tercer momento: en estos casos, los hijos ya se encuentran incorporados al mercado de trabajo; es decir, son capaces de producir y de ayudar económicamente a sus padres (Cariola y colab., 1989).

- (7) Categoría ocupacional: da información acerca de la relación de dependencia en que está situado el trabajador en su inserción en el proceso productivo. Siguiendo a Torrado (1992) se consideraron las siguientes categorías ocupacionales:
  - a) empleadores: personas que dirigen sus propias empresas económicas, o que trabajan en una profesión u oficio, y que emplean a uno o más trabajadores que no sean familiares o aprendices sin remuneración.
  - b) asalariados: personas que trabajan para empleadores públicos o privados y que reciben remuneración por su trabajo en forma de salario, sueldo o comisión, pagos a destajo o pagos en especie.
  - c) trabajadores por cuenta propia: personas que explotan su propia empresa económica o asociadas con otros dueños, o que trabajan independientemente en una profesión u oficio, sin ocupar asalariados o sólo con la ayuda de familiares o aprendices sin remuneración.
  - d) trabajadores familiares no remunerados: personas que trabajan sin recibir remuneración, por lo menos una tercera parte de la jornada normal de trabajo, en una empresa económica explotada por cualquier miembro de la familia.
- (8) Rama de actividad: da información acerca del sector de actividad en el que se insertan los trabajadores. Esta ubicación por rama se construye a partir del tipo de producción llevada a cabo por el establecimiento en que

trabaja el individuo, de acuerdo a los bienes o servicios que éste produce y a la naturaleza del proceso que realiza.

(9) La Fundación de Investigaciones para el Desarrollo Económico (FIDE) calcula un presupuesto básico para una familia tipo de ingreso medio-bajo del Gran Buenos Aires, en base a una encuesta mensual. De acuerdo a estas estimaciones, establecieron en \$906.70 el valor de la canasta de subsistencia para el mes de mayo de 1994 y en \$392.76 el monto necesario para adquirir solamente los productos alimenticios que formaban esa canasta. Valle, director de la Fundación, en un artículo publicado en Página 12 (4 de febrero de 1996) precisa que la canasta FIDE describe lo que ocurre con el presupuesto de una familia tipo del Gran Buenos Aires pero que, por tratarse de los bienes elementales, puede ser utilizada para comparar con otros centros urbanos del interior. Destaca que estos datos pueden tener un sesgo hacia la subestimación, ya que en numerosas localidades el costo de vida es más alto que en el Conurbano bonaerense.

(10) Uno de los métodos utilizados para la medición de la pobreza consiste en la comparación del ingreso del hogar con una línea de pobreza. Esta línea representa el monto de dinero que permite adquirir el conjunto de bienes y servicios que satisfacen los umbrales mínimos de todas las necesidades consideradas básicas (Beccaria, 1994).

Para determinar la línea de pobreza se parte de considerar a la alimentación como la necesidad primaria. La determinación del costo de un conjunto de bienes alimenticios que por su composición aseguren una adecuada alimentación de la población supone que, conocido el nivel de ingresos de una familia, es posible inferir si puede o no tener la posibilidad de acceder a una alimentación adecuada. Los hogares que no alcancen con sus ingresos a cubrir esta canasta alimenticia son denominados indigentes. La línea de indigencia representa, entonces, el valor monetario de una canasta de alimentos que cubre un umbral mínimo de necesidades energéticas. Conside-

rando que los alimentos representan aproximadamente la mitad del gasto de los hogares de ingresos más bajos, la línea de pobreza se suele construir duplicando el valor de esa canasta (Morales, 1988).

(11) En un estudio sobre la población en riesgo social del Partido de La Plata realizado por el Centro de Estudios Históricos y Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la U.N.L.P. (Fliers y colaboradores, 1995), se determinó un porcentaje de población con necesidades básicas insatisfechas "por debajo de la línea de pobreza" en base a un censo efectuado en mayo de 1994 en asentamientos de la zona. Pero estos resultados no son comparables con los estudios del INDEC porque tomaron como punto de referencia para determinar la línea de pobreza la canasta de alimentos de FIDE, que no es la utilizada por el mencionado organismo. Por otra parte, consideraron erróneamente el monto de esa canasta: \$ 906.70, que es en realidad el monto que estableció FIDE para la canasta de subsistencia, que comprende no sólo los alimentos sino también un conjunto mínimo de bienes y servicios necesarios para una familia tipo de trabajadores. Así, en el trabajo establecieron ese valor para la línea de indigencia para mayo de 1994 y \$1813,4 para la línea de pobreza, que representa cuatro veces el monto establecido por el INDEC.

(12) El método de las "necesidades básicas insatisfechas" consiste en la selección de determinadas necesidades consideradas como básicas y en la fijación de los umbrales mínimos de satisfacción de las mismas (Beccaria, 1993).

Son considerados "pobres" los hogares que no alcanzan a satisfacer alguna de estas necesidades definidas como básicas.

(13) En 1984, el INDEC realiza el estudio sobre "La pobreza en la Argentina" utilizando cinco criterios para definir los hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas:

- hacinamiento: familias que habitan en unidades de vivienda con más de tres personas por cuarto



- servicios sanitarios: familias que viven en casas sin ningún tipo de retrete
  - educación: familias en las que por lo menos un niño en edad escolar (entre 8 y 12 años) no concurre a la escuela
  - criterios combinados indicando una probable falta de ingreso adecuado: familias con 4 o más personas por miembro ocupado en las que su jefe tiene bajo nivel de educación (nunca asistió hasta 2 años o menos al nivel primario).
- Se consideran pobres los hogares que pre-

senten al menos una de estas características.

En 1992 se ampliaron los indicadores de carencias. El "Comité Ejecutivo para el estudio de la pobreza en la Argentina" estableció 24 indicadores, incluyendo los cuatro primeros del estudio anterior, agrupados en:

- indicadores de capacidad de subsistencia
- indicadores de condiciones de la vivienda y servicios sanitarios
- indicadores de educación.

## Bibliografía

- Cariola, Cecilia y colaboradores (1989): *Crisis, sobrevivencia y sector informal*. Ed. Nueva Sociedad, ILDIS-CENDES, Venezuela.
- Chiara, Magdalena y colaboradores (1991): *Fortalecimiento al gobierno de la Provincia de Buenos Aires en la formulación del sistema de Información, seguimiento y evaluación de la política alimentaria provincial*, La Plata.
- Colman, Oscar y colaboradores (1992): "La problemática agroalimentaria en la Argentina (1970-1988)", en *Estudios e Investigaciones*, N° 8, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, 162 págs.
- Eguía, Amalia (1990): *Estrategias familiares de reproducción en sectores populares urbanos del Gran La Plata*, Tesis doctoral dirigida por el Dr. Oscar Colman y la Mr. Susana Hintze, Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP, La Plata.
- Forni, Floreal (1992): *Programa Alimentario Integral y Solidario: una instancia de programa social progresivo*. CEIL- CONICET, Buenos Aires, 47 págs.
- Golbert, Laura (1992): "La asistencia alimentaria. Un nuevo problema para los argentinos", en Golbert, Laura, Susana Lumi y Emilio Tenti Fanfani, *La mano izquierda del Estado. La asistencia social según los beneficiarios*, Miño Dávila editores/Clepp, Buenos Aires, p.p. 43-67.
- Golbert, Laura y Emilio Tenti Fanfani (1994): "Fragmentación cultural y nuevas identidades", en *Sociedad*, N° 4, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, p.p. 85-103.
- Hintze, Susana (1989): *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. (Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires)*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Laurell, Asa Cristina (1992): "La política social en el proyecto neoliberal. Necesidades económicas y realidades socio-políticas", en *Cuadernos Médico-Sociales*, N° 60, Rosario.
- Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires - PNUD (1992): *Diagnóstico de Programas Alimentarios de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata.
- Minujín, Alberto y Gabriel Kessler (1993): *La nueva pobreza en la Argentina*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 278 págs.
- Portes, Alejandro (1984): "El sector informal: definición, controversias, relaciones con el desarrollo nacional", en Walton y otros, *Ciudades y sistemas urbanos. Economía informal y desorden espacial*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, p.p. 95-113.
- Topalov, C. (1979). *La urbanización capitalista*. Edicol, México.
- Torrado, Susana (1983): *El enfoque de las estrategias familiares de vida en América Latina. Orientaciones teórico- metodológicas*. Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Buenos Aires, 25 págs.

# Un estudio comparativo del consumo alimentario en familias pobres urbanas del Gran La Plata (1988-1994).

SUSANA ORTALE

## 1. Introducción

*“El trigo es escaso. Faltan víveres. Los hombres, transformados en ladrones, saquean a sus vecinos. La gente quiere correr y no puede caminar. Los niños lloran. Los jóvenes se tambalean como viejos. Sus piernas se doblan y se arrastran miserablemente. Sus espíritus están rotos. El Consejo de los Grandes está desierto. Los cofres de provisiones, vacíos. Sólo contienen viento. Todo ha terminado.”*

Como señala Esteva (1988) “éste constituye el documento más antiguo que se ha escrito sobre el hambre y está escrito en una piedra, cerca de lo que hoy es la actual Etiopía unos siglos antes de Abraham. Un faraón quiso escribir en el granito, su grito de desesperación. Este testimonio, por demás dramático, ha sido empleado, con muchos otros, para demostrar la constancia del hambre y la escasez, viejas compañeras del hombre”.

En el otro extremo, formulaciones actuales enfatizan el hecho que “ya no domina a nadie el temor de la escasez ni la obsesión del abastecimiento. (...) La inquietud contemporánea es doble: está la de los excesos y de los venenos de la modernidad y, ante ese peligro, la de la elección y sus criterios. La abundancia, la plétora: ese es el peligro inédito que debemos afrontar. El comensal moderno no debe administrar ya la penuria, sino la profusión. Debe optar entre solicitudes múltiples, agresivas, tentadoras, contradictorias. Debe realizar selecciones, hacer comparaciones, establecer prioridades, combatir pulsiones, resistir impulsos, desplegar en definitiva todos sus esfuerzos, no para procurarse

lo indispensable, sino para rechazar lo superfluo sabiendo discernir” (Fischler, C. 1990).

Ambas afirmaciones pueden reconocerse como válidas según sean los sectores sociales a los que se les adscriban.

El problema del hambre, “ir tirando” sigue inquietando y siendo un problema central en la vida de amplios conjuntos sociales. Como referentes del primer discurso se sitúan vastos sectores, mayoritarios en Latinoamérica en los cuales la escasez alimentaria, autonomizada de las incertidumbres estacionales, resulta de la escasez de dinero. La disminución del valor adquisitivo del salario hace que se modifique la estructura del gasto con mayor incidencia en bienes y servicios básicos y el desplazamiento de los más prescindibles. Y quienes se acercan a la indigencia enfrentan desfavorablemente lo más elemental de la reproducción cotidiana: la alimentación.

En la Argentina actual la problemática alimentaria compromete la salud de los sectores pobres, en algunos casos hasta amenazar la reproducción biológica de la familia (Aguirre, 1993). La misma se refleja en:

- a- la mayor participación de los productos alimenticios en el gasto total de los hogares, siendo más alta en los deciles inferiores de la distribución de ingresos (Teubal, 1989; Aguirre, 1990, 1993)
- b- la disminución de la demanda efectiva de alimentos en la progresiva segmentación del consumo (Aguirre, 1993)
- c- el aumento de la desnutrición crónica en sectores de situación de extrema pobreza
- d- la alta concurrencia de la hipoalimentación en los índices de morbi-mortalidad (Unicef, 1992).

Tal problemática resulta paradójica en nuestro país con una producción excedente de alimentos y exportador de cereales. La crisis alimentaria no se vincula con la disponibilidad -que es un tercio superior a las necesidades del argentino medio- sino con el acceso a la alimentación. El déficit alimentario se relaciona con una pobreza creciente y ésta, a su vez, con una crisis estructural de la economía.

Al hecho de seguir presentándose como un problema vital en medio de la

seguridad y de la abundancia, se suma el de la pluralidad de discursos que actualmente se generan sobre los alimentos: la medicina (oficial y alternativas), el consumismo, los mass media, la literatura, la estética y la gastronomía tratan constantemente de ella.

A principio de los 70 se hace visible un proceso que polariza la distinción entre dietética/cocina, placer/salud. En las sociedades modernas urbanas e industrializadas, las llamadas “sociedades de la abundancia” que padecen problemas de sobrealimentación o de desequilibrio debido a sus hábitos alimentarios, se definen modelos estéticos fuertemente basados en la dieta y apoyados en el discurso médico, lo que da lugar a la explosión de sustitutos alimentarios sin calorías destinados a eliminar el hambre. Nuevas prácticas culinarias, la “preparación natural”, la “nueva cocina” conforman un ajuste cultural entre los modelos estéticos y los modelos dietéticos.

Según Baudrillard (1976), después de mucho tiempo de puritanismo, parece haberse descubierto el cuerpo como preocupación de una cultura egocentrada en la que el culto a lo higiénico, lo dietético, lo terapéutico, la búsqueda de la eterna juventud, la negación de la muerte y el envejecimiento constituyen los rasgos de una cultura eminentemente narcisista.

Podría creerse que la cultura de masas y la sociedad simplemente han interiorizado demasiado bien los mensajes médico-dietéticos.

La comida cotidiana se ha vuelto tan problemática que el qué comer y el cómo comer son problemas que se plantean como si el acto alimentario fuese, en esencia, un problema delicado, difícil, acaso insoluble para el individuo.

Crece las prescripciones/proscripciones, los modelos de consumo y las advertencias. “En esta cacofonía el individuo desorientado, en busca de criterios de elección, logra sobre todo nutrir su incertidumbre.(...) En esta nebulosa de informaciones heteróclitas coexisten influencias culinarias muy diversas y sincréticas; las recetas puestas en práctica no están formalizadas o ligadas a automatismos familiares sujetas a un largo hábito de repetición de gestos y habilidades manuales, tal como se presentan en sociedades simples en donde las informaciones utilizadas provienen de la tradición culinaria local o familiar” (Fischler, 1990)<sup>1</sup>.

En términos de la evolución histórica, a la incertidumbre de muchos por la escasez se suma la incertidumbre de otros por la elección.

Este artículo intenta precisar y profundizar el estudio en familias pobres urbanas de: a) la organización doméstica involucrada en la alimentación familiar, b) las valoraciones y la apreciación de la alimentación, c) las características del consumo alimentario y d) las diferencias presentes en los puntos antes mencionados en familias con y sin hijos desnutridos. Se propone analizar cómo intervienen los problemas de escasez y elección en ellas, tomando como punto de referencia y comparación un trabajo realizado en 1988 en los barrios “El Molino”, “Villa Rubencito” y “El Zanjón” de la localidad de Punta Lara, partido de Ensenada (Colman y colaboradores, 1992).

## 2. Algunas precisiones conceptuales

### 2.1. Restricciones paramétricas y alimentación

Retomando líneas teóricas planteadas en “La problemática agroalimentaria en la Argentina: 1970-1988” (Colman y colaboradores, 1992), se intenta analizar las modalidades que asume la reproducción alimentaria en familias de la pobreza urbana.

A partir de los planteos desarrollados por Topalov (cit. por Hintze, 1989), se consideran dos vías posibles de acceso al consumo alimentario:

- a) consumos obtenibles con dinero (compras particulares de las unidades domésticas y compras en conjunto, resultado del agrupamiento de familias que eventualmente realizan compras en comercios mayoristas tendientes a reducir gastos)
- b) consumos no obtenibles con dinero, resultado de formas propias de organización familiar y como producto de la intervención estatal y organismos no gubernamentales (Hintze, 1989).

En el artículo anterior (Eguía, 1997) se presenta una caracterización de la situación laboral de las familias estudiadas, brindando un panorama de las posibilidades de adquisición de mercancías. Asimismo, se analiza la utilización por parte de las familias, de las políticas públicas de asistencia alimentaria y el

desarrollo de redes informales de ayuda y prácticas de autoabastecimiento.

En este artículo se complementa el estudio del consumo alimentario mediante el análisis de las formas de organización involucradas en la alimentación familiar, provenientes de los circuitos mercantilizados, los patrones alimentarios y las valoraciones de los alimentos, contrastando con los resultados obtenidos en estos tópicos en el trabajo de campo realizado en 1988, presentados en el trabajo arriba mencionado (Colman y colaboradores, 1992).

Las conductas que las familias despliegan a lo largo de su ciclo de vida tendientes a obtener satisfactores para sus fines productivos y reproductivos, se eligen dentro de un rango de alternativas disponibles determinadas por las restricciones paramétricas que les son propias por su inserción social (Przeworski, 1982).

Las restricciones paramétricas aluden a variables tales como ingresos familiares, condiciones ocupacionales, niveles educativos, políticas públicas, etc.

Como señala Hintze (1989), el sistema de relaciones sociales impone restricciones al comportamiento alimentario de las familias, por lo menos en tres niveles:

- a) el referido a aquellos aspectos que son determinantes del consumo alimentario como por ejemplo ingreso y empleo,
- b) las opciones locales a las que se enfrentan las familias cuando las limitaciones impuestas por estos aspectos las obligan a recurrir a alternativas que exceden el marco del salario directo y los consumos mercantilizados,
- c) los condicionantes culturales e ideológicos que afectan los patrones de consumo, en la medida en que los bienes consumidos no son simples objetos destinados a satisfacer necesidades biológicas.

## 2.2. La naturaleza cultural del consumo alimentario

Cabe destacar que gran parte de los trabajos sobre alimentación y nutrición han enfocado la problemática de una manera reduccionista e incluso mutiladora de los procesos culturales implicados. Como señala Fischler (1990): "Dos ilusiones han dominado el terreno: por un lado, que las prácticas alimentarias son

sólo hábitos o un comportamiento; por otro, un positivismo ingenuo (o perverso) que sostiene implícitamente que ciencia y verdad se confunden”.

Muy a menudo, en efecto, estas disciplinas no han querido ver más que “comportamiento alimentario” allí donde, en efecto, había prácticas sociales; “supersticiones” e ignorancia, donde había creencias y representaciones.

La noción de “superstición”, es entendida como un tejido de creencias primitivas que deberían retroceder ante la clarificación creciente de la ciencia de la nutrición.

Debido a ello, el fracaso de numerosos programas implementados en los países subdesarrollados tendientes a modificar la alimentación de las comunidades, fue atribuido a las supersticiones, ignorancia o prejuicios de las poblaciones locales. Las intervenciones, ignorantes del peso de la cultura en la alimentación, privilegiando los aspectos nutritivos de los alimentos, tendían a imponer por decreto o de manera voluntarista una nueva forma de alimentarse. De ahí que se encuentre arraigada una concepción conservadora en la apreciación de los sistemas alimentarios locales. Sin embargo, puede constatarse que las prácticas alimentarias cambian en proporciones considerables y a veces muy rápido. Factores económicos, el valor de uso, la comodidad de empleo, la valoración simbólica o gustativa pueden, en general, dar cuenta de los cambios<sup>2</sup>.

La noción de hábito alimentario, a su vez, parece incorporar algo que se asemejaría a un comportamiento “puro”, aprendido mecánica e inconscientemente.

Además, para explicarlo se ha recurrido con frecuencia a una combinación de reduccionismo y finalismo invocando determinismos y funcionalidades biológicas, genéticas o fisiológicas (Fischler, 1990).

En este sentido, retomando los planteos críticos realizados por García Canclini a la concepción naturalista de las necesidades, se destaca que las necesidades no son atributos de una naturaleza humana inmutable; no hay necesidades naturales en el hombre. “Las necesidades surgen como interiorización de determinaciones estructurales y como elaboración psicosocial de los deseos. La necesidad surge porque las estructuras sociales nos habitúan a necesitar de una cierta manera, a necesitar comer de una cierta manera, en una mesa, con cubiertos, a cierta hora del día, con ciertos rituales. Luego no hay necesidades naturales, la necesidad es un producto cultural” (García Canclini, 1984, 1993).

En segundo término, se cuestiona la concepción instrumental de los bienes, basada en la idea de que los mismos son producidos básicamente por su valor de uso. Desde esta concepción parecería que hubiera una organización “natural” de la producción de bienes en la sociedad. La concepción instrumental de los bienes se derrumba cuando advertimos, por ejemplo, la paradójica existencia de desnutrición en medio de una plétora de alimentos disponibles.

Como punto de partida, la antropología demuestra que la variabilidad de las elecciones alimentarias procede de la variabilidad de los sistemas culturales: si no consumimos todo lo que es biológicamente comestible se debe a que todo lo que es biológicamente comible no es culturalmente comestible. Los hombres eligen sus alimentos en función de sistemas culturales alimentarios que pueden llamarse cocinas, entendidas como el conjunto de elementos, alimentos y técnicas utilizadas en la preparación de las comidas y las creencias, representaciones y prácticas que están asociadas a ella y que comparten los individuos miembros de un grupo, sector, etnia o clase.

Para la medicina y la nutrición, el hombre sólo se ha nutrido durante mucho tiempo de lípidos, proteínas e hidratos de carbono. Sólo tiene necesidad de vitaminas, minerales, en síntesis, come nutrientes, no alimentos. Han olvidado o se ha negado que el hombre piensa su comida de otra manera. Las ciencias sociales, desde hace mucho tiempo, han insistido en el hecho de que la alimentación humana comporta una dimensión imaginaria, simbólica y social. Comer caviar o papa es incorporar no sólo nutrientes sino también una sustancia imaginaria, un tejido de connotaciones y de significaciones, de evocaciones, etc.

Consumir es -siguiendo a García Canclini (1984, 1993)- un proceso pasible de ser entendido y analizado desde cuatro perspectivas:

a) el consumo es un lugar de reproducción de la fuerza de trabajo y de expansión del capital. Comer, descansar, habitar una casa, son medios para renovar la fuerza laboral del trabajador y para expandir el capital.

Detenerse en este aspecto supone un reduccionismo economicista del consumo.

b) el consumo es un lugar de diferenciación social y distinción simbólica entre las clases; el consumo es el área fundamental para comunicar las diferencias entre los grupos sociales, diferenciación ubicada básicamente en la forma en



que se realiza la apropiación de los bienes y en la forma de utilizarlos.

En este espacio del consumo se construyen las diferenciaciones sociales, las clases se distinguen simbólicamente unas de otras.

c) el consumo constituye un sistema de integración y comunicación. Para que el consumo pueda ser un elemento de diferenciación entre los grupos, debe constituir primero un sistema de comunicación ampliamente comprensible, ya que si no se compartieran los significados atribuidos a los bienes de consumo su apropiación no sería un elemento de diferenciación social. El consumo, permite adquirir, al menos simbólicamente, tal o cual atributo de una condición o de un estado considerado deseable o marcar su posesión efectiva. Los objetos consumidos son portadores de significaciones y se adquieren en parte por esas características.

Es así que consumir es intercambiar significados culturales y sociales. Desde esta perspectiva, el consumo no tiene por finalidad última la posesión de un objeto o la satisfacción de una necesidad, sino también definir o reconfirmar significados y valores comunes, crear y mantener una identidad colectiva; el consumo se convierte en un lugar clave para la conformación de las identidades sociales.

d) el consumo es un lugar de objetivación de los deseos. Los hombres tenemos, además de necesidades, deseos que son distinguibles de las necesidades por carecer de objeto material preciso. El deseo es errático, insaciable, inabarcable por las instituciones que aspiran a contenerlo (Baudrillard, cit. por García Canclini, 1984).

Existen pues, diferencias considerables entre las preferencias alimentarias de los grupos culturales, entre los de las clases o entre las categorías que éstas contienen. Estas diferencias son de naturaleza y origen múltiple: económico, religioso, cultural, histórico, etc. .

En este proceso existe en primer lugar una clasificación implícita: qué es un alimento y qué no lo es, ligadas generalmente a otras categorías como por ejemplo las del sistema médico, estéticas, religiosas. La preocupación por la salud y el valor terapéutico de los alimentos ha estado en mayor o menor grado siempre presente en la construcción de las pautas nutricionales de cualquier cultura. El concepto antropológico de salud y enfermedad se sostiene y constituye parcial-

mente a través de la información sobre alimentación recogida en las diversas culturas respecto no sólo del cuerpo sino también del “alma”<sup>3</sup>.

La alimentación y la medicina sostienen una relación muy peculiar e indisoluble. La alimentación es un medio de ejercer control sobre el cuerpo, es decir, un instrumento privilegiado de intervención médica; de allí que la medicina reivindique un derecho de control sobre la alimentación.

Esto permite comprender que selección y restricción estén en el centro de la preocupación alimentaria actual, procesos que se concentran en un tercer concepto que los engloba: la regulación. El problema esencial es regular la alimentación, ajustarla a las necesidades y a las coacciones que los modelos culturales dominantes imponen. En este sentido, el concepto de hegemonía es clave para analizar las relaciones que explican la construcción de formas de percibir, significar, interpretar, problematizar y resolver problemas específicos.

Se presenta una homología creciente entre el discurso de la cocina, el de la medicina y el de los mercados de la salud, homologías que se manifiestan de manera paradójica en el discurso y en las prácticas de regulación de la alimentación relacionada a la salud.

Pero ¿cuáles son los mecanismos que, en el interior de una cultura dada, determinan la transmisión, la reproducción y eventualmente el cambio de estas elecciones alimentarias? ¿cómo interiorizan los individuos y los grupos las taxonomías, el gusto de su tiempo, de su sociedad, de su grupo?<sup>4</sup>.

Según Bourdieu (1988) los gustos populares favorecen las comidas más nutritivas y las más económicas como resultado de “la necesidad de reproducir al menor costo la fuerza de trabajo que se impone al proletariado”. Por el contrario los “gustos de lujo son propios de los individuos que aparecen como el producto de condiciones materiales de existencia definidas por la distancia de la necesidad, por la posesión de un capital”.

La idea de gusto<sup>5</sup> según Bourdieu, es de hecho típicamente burguesa ya que supone una libertad absoluta en la elección y no puede concebir las paradojas del gusto de necesidad. El contenido de las preferencias en el gusto de necesidad se halla determinado por las relaciones de producción: obreros y campesinos siempre prefieren necesariamente los alimentos más económicos y nutritivos, los que presentan las características objetivas de procurar una sensación de repleción máxima a un costo mínimo. En el gusto de libertad, los alimentos considerados

más ligeros, más refinados prevalecerán, pero será siempre la arbitrariedad desmedida la que presidirá su elección, ya que los cambios del gusto están inscriptos en la dialéctica incesante de la pretensión de los sectores ascendentes y de la distinción de las clases dominantes.

El cambio -en dicho enfoque- es tenido poco en cuenta; cuando se lo incluye, se presenta desde la perspectiva de la movilidad social de los individuos o por el cambio en la composición social. Así, los “habitus” cambian poco y nada en su contenido, son sobre todo los individuos los que cambian o buscan cambiar de status social. Al plantear el gusto de las clases populares como “gustos de necesidad” y los de las clases acomodadas como “gustos de lujo” o “gustos de libertad”, otorga un virtuosismo al comportamiento alimentario de los sectores populares basado en criterios eficientistas y conservadores: el gusto de necesidad es “lo que hace que se tenga lo que se quiere porque se quiere lo que se tiene”.

Sin embargo, el gusto, las prácticas y preferencias alimentarias, la cocina misma -al igual que la lengua y la cultura- también cambian.

“Una de las funciones de la cocina es regular las relaciones entre novedad y familiaridad, realizar la mediación entre la necesidad y el riesgo de innovar, la necesidad y la dificultad de conservar. Se podría decir que los elementos nodales de un sistema culinario sólo valen por lo mismo que significan y que cuando cesan de significar, cesan a la vez de ejercer su papel nodal y estructurante” (Fischler, 1990)<sup>6</sup>.

El consumo alimentario así concebido se enfoca, para el caso de las familias pobres urbanas, desde el problema central de regular la relación entre necesidad y posibilidad de obtención de aquellos alimentos que consideran importantes en su dieta cotidiana.

¿Cuáles son, pues, los elementos nodales en la alimentación de las familias de la pobreza urbana? ¿Pueden apreciarse modificaciones respecto a aquellos que parecían ser significativos en el primer estudio?

Se sostiene que procesos y relaciones claves de la vida social, tales como el trabajo y el consumo así como los procesos de socialización, la producción, circulación y función de las prácticas y conocimientos, los procesos de control y normatización, de legitimación, etc. definen a los sujetos que enfrentan restricciones/opciones y desarrollan estrategias cuyo carácter debe ser analizado.

La indagación de las características del consumo alimentario en sus dimensiones valorativas y prácticas permite explorar cómo lo “macro” se articula con lo “micro”, contribuyendo a entender los procesos de reproducción social en materia alimentaria.

### 3. Aproximación metodológica

En el trabajo citado (Colman y colaboradores, 1992), utilizado como caso de referencia con el cual se compara en el presente estudio, se analizaron las estrategias alimentarias de reproducción de unidades domésticas pertenecientes a sectores populares urbanos del Gran La Plata. Uno de los casos estudiados fue el de tres barrios: “El Molino”, “Villa Rubencito” y “El Zanjón” ubicados en el área de influencia de la Unidad Sanitaria “El Molino”, localidad de Punta Lara, partido de Ensenada. El trabajo de campo se llevó a cabo durante 1988, realizándose en una primera etapa 100 encuestas a madres que concurrían por consulta pediátrica a la Unidad Sanitaria<sup>7</sup>. De ellas se obtuvo información sobre determinados “componentes estructurales”<sup>8</sup> de las familias (características sociodemográficas, situación ocupacional de sus miembros, nivel de ingresos, características habitacionales, etc.), así como sobre su participación en los programas públicos de asistencia alimentaria.

En una segunda etapa, se realizaron entrevistas a una submuestra de 20 informantes estableciendo como criterio de selección la presencia o no de hijos desnutridos, por considerar a la desnutrición como un indicador sensible de inadecuadas condiciones de reproducción alimentaria. En función de ello, se tomaron 10 familias con hijos desnutridos y 10 familias con hijos eutróficos, homologadas en función de determinados componentes estructurales.

En las entrevistas se profundizaron algunos aspectos de las estrategias familiares incluidos en la encuesta y se relevó información relativa a la problemática de la organización doméstica de los consumos mercantilizados, las características de la dieta habitual así como las valoraciones alimentarias.

En 1994 se llevó a cabo un nuevo trabajo de campo en los mismos barrios, con el objeto de realizar un análisis comparativo de las condiciones de vida y reproducción alimentaria en las familias estudiadas en 1988. Fue posible

identificar y encuestar a 70 de las 100 familias incluidas en el estudio anterior<sup>9</sup>.

De acuerdo a lo señalado en trabajos anteriores, se toma a la unidad doméstica como unidad de análisis utilizando indistintamente los términos familia, hogar y unidad doméstica. Esta puede definirse como un "grupo de personas que interactúan en forma cotidiana, regular y permanente, a fin de asegurar mancomunadamente el logro de uno o varios de los siguientes objetivos: su reproducción biológica, la preservación de su vida, el cumplimiento de todas aquellas prácticas, económicas y no económicas, indispensables para la optimización de sus condiciones materiales y no materiales de existencia" (Torrado, 1983).

Dado que la división sexual del trabajo asigna a la mujer-madre la responsabilidad de realizar las tareas reproductivas a través del trabajo intrafamiliar de alimentación, crianza y socialización de los hijos, la misma constituye la fuente de información principal.

Con posterioridad a la realización de la encuesta a las 70 familias<sup>10</sup> y a la identificación por parte del personal médico de la Unidad Sanitaria del perfil nutricional de la población infantil de las mismas, fueron entrevistadas 20 madres, 10 de las cuales correspondían a las entrevistadas en 1988.

Considerando que el estado nutricional de la población infantil de 0 a 5 años constituye un indicador sensible de inadecuadas condiciones de reproducción alimentaria (la vulnerabilidad biológica en los primeros años de vida está dada por la acelerada velocidad de crecimiento y por requerir, durante ese período, aportes nutricionales más variados y específicos), las entrevistas fueron realizadas a 6 madres con hijos desnutridos en 1994<sup>11</sup>, 8 madres con hijos eutróficos en todo el desarrollo del ciclo vital y 6 madres con hijos desnutridos en 1988, pero no en 1994<sup>12</sup>.

Cabe destacar que las familias analizadas se encuentran en la misma etapa del ciclo familiar, habiendo registrado la mayoría de ellas cambios por nacimiento.

A través de ellas y a partir del testimonio de las madres, es posible vincular las distintas dimensiones que giran en torno a los alimentos provenientes del mercado y presentar de manera detallada un panorama de las condiciones de reproducción alimentaria de las familias.

Las entrevistas se realizaron durante los meses de diciembre de 1994 y febrero de 1995, llevándose a cabo en los domicilios y -en algunos casos- en

las instalaciones de la Unidad Sanitaria “El Molino”.

Las entrevistas de tipo semiestructurado profundizaron los siguientes aspectos relacionados al consumo alimentario<sup>13</sup>:

1- *Organización de los consumos mercantilizados*: se incluyeron tópicos tales como *responsable de realizar las compras, lugar donde realizan las compras, forma de pago, periodicidad, estimación del gasto semanal, proporción del gasto en comida en relación con el ingreso mensual en comparación con la proporción destinada en 1988, arreglos domésticos desplegados para la obtención de alimentos ante la imposibilidad de obtenerlos por falta de dinero y su comparación con los arreglos implementados en 1988, cambio en la forma de hacer las compras, influencia de la estabilidad económica y de la edad de los hijos en el trabajo doméstico alrededor de la comida.*

2- *Conocimientos y valoraciones sobre la alimentación*: se relevaron aspectos generales sobre alimentación referidos a la apreciación de lo que, desde la perspectiva de las informantes, constituye una alimentación completa, *alimentos nutritivos, mala alimentación, inadecuados hábitos alimentario, alimentos perjudiciales y/o rechazados, criterios utilizados para establecer una alimentación diferencial entre los miembros que integran la familia, criterios de evaluación de una adecuada alimentación infantil, reconocimiento de desnutrición en los niños, formas de evitarla así como sus causas y tratamientos posibles.*

3- *Características de la dieta habitual*: basada en el relato de aquellos *alimentos que utilizan más frecuentemente para preparar las comidas, la evaluación de sus propiedades nutricionales, comidas que se preparan más frecuentemente, preferencias de los niños y de los adultos, evaluación de la calidad de la comida familiar, reconocimiento de alimentos valorados que no forman parte de la dieta habitual así como de aquellos que consideran que se consumen en exceso, número de comidas diarias, importancia de las comidas, preparación de comida especial para niños u otros miembros y evaluación del cambio en la alimentación familiar respecto a 1988.*

En las páginas siguientes se procederá por un lado a comparar globalmente los cambios registrados en los aspectos mencionados en ambos períodos. Por otro, se presentarán las diferencias predominantes en los patrones alimentarios de las familias con niños eutróficos y desnutridos en 1994 y se analizará si dichas diferencias son similares a las encontradas en 1988 entre ambos grupos de familias<sup>14</sup>.

Para ello, y a fin de mantener el criterio utilizado en el primer estudio, la comparación de los datos obtenidos en 1994 se basa en la información registrada en las 6 entrevistas de las familias con desnutrición en dicho momento y en las 8 familias con hijos eutróficos, excluyendo a aquellas con casos de desnutrición registrados en 1988.

Ambos grupos -familias con hijos desnutridos o con hijos eutróficos detectadas en 1994- pueden homologarse en lo referente al tipo de familia (predominantemente nuclear), número de miembros (6.8 y 6.5 respectivamente), cambios en la composición familiar por nacimiento (en más de la mitad de los casos en ambos grupos) y asistencia de los hijos al comedor escolar (la totalidad de los niños del primer grupo y las tres cuartas partes de los del segundo). La tasa de dependencia o relación entre consumidores y productores de ingreso (c/p), factor que en 1988 arroja diferencias estadísticamente significativas entre familias con hijos denutridos y eutróficos, permanece como variable que discrimina a ambos grupos asumiendo actualmente - y en base a los datos de las familias entrevistadas- un valor promedio de 5.3 c/p en las familias con casos de desnutrición y de 4.2 c/p en aquellas con hijos eutróficos.

A modo de testimonios, se incorporan en el texto fragmentos de las entrevistas como instrumentos de apoyo al desarrollo analítico. Los mismos aportan elementos sobre los significados que adquieren en la vida cotidiana aquellos hechos sociales que se pretenden explicar desde la teoría y permiten reconstruir la lógica que desde el sentido común impulsa el desarrollo de ciertos comportamientos reproductivos que influyen en la organización familiar y le imprimen una dinámica particular, difícil de captar desde la mera reconstrucción del dato (Colman y colaboradores, 1992).

#### 4. El estudio de caso: análisis comparativo del consumo alimentario en familias pobres urbanas (Punta Lara, 1988-1994).

##### 4.1. Organización familiar de los consumos mercantilizados

En este punto se analiza la organización social que implica división del trabajo y diferenciación por géneros y/o edades, así como el proceso mismo del ciclo vital que va pautando posibilidades de organización de la comida, las modalidades y formas de obtención de alimentos y los arreglos necesarios para hacer “estirar” los ingresos insuficientes que disponen.

Entre las 20 familias estudiadas, *la tarea de hacer las compras* es asumida exclusivamente por las madres en 9 casos; en 8 familias participan los hijos como complemento y ayuda a las tareas realizadas por la madre, a través de las compras diarias en el barrio de “pan, leche o lo que haga falta para el día”; en tres casos participan los jefes, quienes se encargan de las compras periódicas en el supermercado.

Se observa, respecto a 1988, cambios en el sentido de una mayor participación de los hijos -ahora mayores- y una menor intervención de los maridos en esta actividad, ligada - en el primer caso- a la etapa del ciclo vital y - en el segundo- a las menores posibilidades de realizar las compras periódicamente al por mayor.

La *fuerza de provisión de alimentos* muestra modificaciones ya que, mientras en 1988 la gran mayoría de las familias (n=15) combinaba compras diarias en el barrio con compras mensuales o quincenales al por mayor en supermercados de Ensenada o La Plata, la falta de “resto” y la mayor irregularidad en la forma de percibir el ingreso, hace que en 1994 disminuya la proporción de familias que puedan utilizar complementariamente ambas fuentes: en 1994, la fuente de abastecimiento se ubica en el barrio exclusivamente en 9 casos, triplicando el valor registrado en 1988. En los casos restantes, se combina la utilización de los negocios del barrio (en los cuales se compra básicamente leche, pan, verdura y carne) con las compras de alimentos no perecederos (fideos, aceite, latas, arroz, yerba, azúcar) realizadas mensual o bimestralmente en el supermercado.



La *forma de pago* es predominantemente al contado. Dos familias utilizan exclusivamente libreta (corresponden a familias con desnutrición actual y anterior) y las 5 restantes combinan ambas formas.

Comparado con 1988, se duplican los casos de pago al contado disminuyendo el pago con libreta, el fiado o la combinación de modalidades de pago.

Las *compras diarias* no han variado respecto a 1988, (incorporándose aquellos que en 1988 se adquirirían en el supermercado) comprendiendo el pan, la leche y cualquier otro alimento no perecedero que se necesite en el momento; la carne y la verdura se adquieren generalmente día por medio.

La incorporación de la leche como alimento de adquisición diaria en la mayoría de las familias obedece a la etapa del ciclo familiar, a la edad de los niños y a la interrupción del programa PAN. En el primer estudio, el consumo de leche estaba relacionado con la provisión estatal: más de la mitad de las familias utilizaba exclusivamente la leche del Programa Materno Infantil y Caja PAN.

Son minoritarios los casos en los que se menciona la realización *de compras semanales o quincenales*, consistentes en la adquisición de carne, azúcar, verdura, fruta, y arroz, fideos o harina.

En 1988 algo más de la mitad de las familias refiere compras semanales o quincenales regulares, cuyos alimentos corresponden a los mencionados en 1994, sobre todo carne y verdura. Sin embargo, en 1988 la compra semanal de carne se realizaba en todos los casos en La Plata y Ensenada.

Las *compras mensuales* en 1994 son las que provienen del supermercado y en dos casos, se trata de las adquiridas a través del Plan PAIS. Las compras de supermercado, ubicados en Ensenada, La Plata o Berisso consisten en arroz, fideos, aceite, leche en polvo, azúcar, yerba y artículos de limpieza.

Respecto a 1988, no ha variado el tipo de alimentos que se adquieren en el supermercado, habiendo diferencias -como ya se mencionó- en la cantidad de familias y la menor periodicidad con que se lleva a cabo.

El *gasto diario familiar en alimentación* es calculado por las informantes en \$ 5 en 7 casos, \$ 10 en 6 casos, \$ 20 en 4 casos y variable en los casos restantes. La estimación *del gasto diario per cápita* arroja un promedio de \$ 1.52 .

En relación a la *proporción del ingreso* que esto representa para la familia, 5 casos refieren que "todo lo que entra se va en comida", 7 casos "casi todo" y los casos restantes no saben o plantean que es variable.

Comparando esta situación con la de 1988<sup>15</sup>, 11 familias manifiestan encontrarse en peores condiciones en 1994: 2 casos mencionan que en 1988 presentaban una situación más holgada debido a que “ganaba más e iba al supermercado”, “mi marido hacía changas y teníamos esa plata extra, por eso rendía más” “tenía más ayuda”, “compraba más cosas” y “tenía menos hijos y entonces se gastaba menos”. Los 3 casos restantes no plantean cambios significativos debido a que “rara vez le falta para comer, así que es igual que antes”, mientras que otras dicen estar igual por encontrarse “siempre ajustados, porque no tiene trabajo”<sup>16</sup>.

Nueve familias perciben encontrarse en una situación más holgada en 1994; las razones consisten en que “antes ganaba menos y hacía menos compras”, “ahora me alcanza más, puedo comprar zapatillas”, “el sueldo rinde más”, “me queda para zapatillas”, “antes compraba menos cosas”. Un solo caso alude que la mayor proporción del ingreso destinado a la alimentación se debe al hecho de haberse reducido el número de miembros de la familia en 1994.

*Los arreglos domésticos* desplegados por las familias entrevistadas en 1994, ante la falta de dinero para comprar alimentos, consisten en la compra con libreta, pedir dinero prestado, la reducción del consumo en los adultos y recurrir a la Municipalidad para conseguir la bolsa de alimentos, situación que es reconocida por las tres cuartas partes de las informantes, refiriendo el resto que “nunca me pasó”.

En 1988 esta problemática aparece en la misma proporción de casos y asume las mismas modalidades de resolución.

Comparado con 1988, 8 mujeres plantean que en 1994 hay menos dificultades debido a que es menos frecuente que esto suceda ya que “hay más estabilidad”, “gana mejor, no nos pasa”, mientras que 6 plantean que las alternativas para salir del paso son más dificultosas en la actualidad porque “hay menos ayuda”, “no hay plata”, “no alcanza”. Los casos restantes no refieren cambios en este aspecto señalando que “el sacrificio siempre fue igual”<sup>17</sup>.

Otra diferencia relativa a los arreglos domésticos tendientes a reducir los gastos que requiere la preparación de la comida reside en que en 1994, ninguna informante refiere recurrir a la utilización de leña como combustible, alternativa que aparece frecuentemente en el primer estudio.

Respecto a los *cambios en la forma de hacer las compras*, 6 mujeres no

reconocen variaciones en este aspecto resultando ser “siempre igual, comprando lo necesario” y generalmente en el barrio. Las 14 restantes plantean que de 1988 a la actualidad han modificado la forma de hacer las compras: 8 plantean que eran mejores en 1988 y 6 en 1994<sup>18</sup>.

Respecto a la *influencia de la estabilidad en la organización de las compras* 14 mujeres perciben positivamente la estabilidad. 8 de ellas plantean que la estabilidad de los precios, “los precios firmes” dan “confianza” ya que permiten la planificación de los gastos y la previsibilidad. Las 6 restantes establecen su valoración de manera explícita en términos comparativos con el período de hiperinflación, reconociendo que “claro que no es como antes, pero las cosas suben”, tomando como indicador sensible de ello el precio del pan. En relación con esto agregan que la estabilidad se expresa en los sueldos, no así en los precios de los alimentos y otros bienes de consumo. En 4 casos el tema de la estabilidad no es reconocido como de importancia, enfatizando los argumentos sostenidos anteriormente ya que “no hay plata para comprar”, “suben los alimentos, el pan aumentó muchísimo” y “lo único que está estable es el sueldo, así que no me vengan a hablar de estabilidad”.

Debido a la importancia que presentan las distintas etapas de ciclo familiar en la alimentación, se indagó *la influencia de la edad de los hijos* en los cambios registrados en la *organización de la alimentación familiar*.

En 1994, más de la mitad responde que hay variaciones ya que la edad incide en la medida que “son más grandes y comen más, piden más”, “como son más grandes hago comidas distintas”, “ya no pueden ir al comedor porque son grandes”, “los más chicos se conforman más, comen menos”, “los más grandes piden comidas especiales” “los más grandes comen más variado”, “hasta los 3 años hay que cocinar comidas especiales, después no, todos comen lo mismo”, “de más grandes no son caprichosos”, “comen más variado”. El resto responde que la edad no influye en la alimentación y que “siempre comieron lo mismo”.

## 4.2. Conocimientos y valoraciones sobre la alimentación

En este punto, la entrevista apuntó a identificar las pautas de alimentación ideal internalizadas por las mujeres referidas a aquellos alimentos que consideran valiosos y/o deseables por gusto o por sus propiedades nutritivas, aquellos que

discriminan por considerarlos desfavorables por razones diversas, la consideración de inadecuados hábitos alimentarios y, en virtud del tema general de investigación del cual este estudio forma parte, se enfatizó la apreciación de las madres de la problemática nutricional infantil.

La *alimentación completa* - aspecto no considerado en el primer estudio- es percibida por las informantes de distinta manera: un grupo concibe como alimentación completa aquella que se compone de 4 comidas diarias con postre incluido, valorando la carne, pescado y guisos como alimentos que deben integrarlas. Otro grupo de informantes, que incluye algo más de la mitad de los casos, la concibe en función del consumo de alimentos que reconocen importantes por sus propiedades nutritivas: las carnes y verduras combinadas aparecen como los alimentos fundamentales para definir una alimentación completa. Llama la atención la ausencia de la leche en las respuestas; no obstante, su valoración es resaltada en otros momentos de las entrevistas.

En relación a los *alimentos que consideran más nutritivos*, las verduras y frutas son las privilegiadas por su contenido de vitaminas; las carnes rojas o blancas le siguen en orden de prioridad ligadas a la importancia de las proteínas; los lácteos son apreciados en pocos casos, resaltando su contenido en hierro; las legumbres y cereales aparecen expresados sólo en 2 casos. Una minoría plantea que no hay alimentos más nutritivos que otros, refiriendo que “son todos iguales, todos sirven”.

Respecto de aquellos alimentos valorados positivamente en 1988, no se presentan diferencias. Sin embargo, en 1994 no se expresa una valoración negativa de la polenta tal como se registra en 1988, hecho que puede explicarse por la permanente presencia de la misma en la caja PAN.

Una *mala alimentación* es vinculada ya sea a la situación de “no comer, arreglarse con mate cocido y pan” o bien “comer poco”, ya sea al hecho de alimentarse a base de pastas, fritos, fiambres o embutidos. El consumo de leche en los chicos no aparece explicitado como un indicador de importancia para evaluar la calidad de la alimentación familiar, mencionándose en unos pocos casos.

Respecto a los *hábitos alimentarios*, aquellos que se consideran más inadecuados se refieren a comer fuera de horario, comer embutidos, sandwiches, pan en exceso y golosinas.

Los *alimentos que deben evitarse* -según las informantes- son los fiambres, embutidos, fritos, grasas y conservas por su poco valor nutritivo (“llenán, te sacan de apuro, pero no alimentan”) y por sus efectos sobre la salud (“revientan el hígado”, “por el colesterol”, “son caros y no alimentan”, “tienen muchos químicos”, etc.).

En la *apreciación de comidas diferenciales en el seno de la familia*, 8 casos refieren que debe darse una mejor alimentación a los niños “porque están creciendo” y porque “son más indefensos”, ya que el adulto “pasa hambre porque quiere y si no, se la aguanta”, a los ancianos o enfermos (6 casos) y “a todos por igual” en los 6 casos restantes, sintetizando una de las informantes que “a los más chicos por el crecimiento, a los más grandes por el desarrollo y a los adultos por necesidad”.

En 1988 sólo 4 casos manifiestan preparar una dieta especial en correspondencia con situaciones de desnutrición de sus hijos. Sin embargo, al igual que en el análisis posterior, se infiere una priorización de la alimentación infantil cuando se menciona el problema de los arreglos domésticos en situaciones de carencia.

La *percepción de que la familia tiene una buena alimentación, con especial referencia a los niños*, se traduce en la mitad de las informantes en el color de la cara de los mismos “al mirarlo nomás, por la cara”, “se lo ve caído, pálido, con los ojos tristes”, “por el semblante, la mirada, los labios”, “por la forma de ser, por la inteligencia”. Cuatro mujeres plantean al control médico como pauta segura de una correcta alimentación infantil. Cinco mujeres responden que la flacura/gordura y el hecho que no bajen de peso es el criterio que utilizan para reconocer la adecuada alimentación de los hijos.

Los *conocimientos sobre las acciones tendientes a prevenir la desnutrición infantil* consisten prioritariamente en la buena alimentación basada en el consumo de “carne, fruta, huevo, leche, verduras”, resaltando la importancia del contenido vitamínico de los alimentos. La lactancia materna es otro factor valorado para prevenir la desnutrición en los más pequeños, a fin de que “no tenga colitis, no se deshidrate”.

En dos casos aparece la necesidad de la “ayuda alimentaria” a las familias mediante los comedores o dación de alimentos o dinero. Los consejos de gente idónea para “hablar con la madre y explicarle cómo debe alimentar a su hijo” es otro de los factores mencionados para prevenir la desnutrición: “si uno sabe y

es responsable de los hijos y sabe que está enfermo y si sabe que no come directamente va y habla con el médico antes de que se venga abajo ¿no?”. Una mujer señala que “además de la buena alimentación hay que tener apetito, porque aprenden a tener apetito a través del amor, de cómo les sirvamos”.

Mayoritariamente se consideran como *síntomas de desnutrición* el “verlo flaquito, con muy bajo peso”, además “por la cara triste y pálida”, el color de los ojos, las características de la piel y el pelo y el hecho de enfermarse más. 3 mujeres refieren no haber visto nunca un niño desnutrido, motivo por el cual desconocen - aunque infieren- las características de la desnutrición.

Respecto al *tratamiento que corresponde a la desnutrición*, la mayoría acuerda que la alimentación rica en hierro y vitaminas, las verduras, hígado, yogures, la leche y el agua es la adecuada para revertirla. Cabe resaltar que el término desnutrición es asociado a menudo por las madres con el de deshidratación, de allí el énfasis puesto en la importancia del consumo de agua en varias respuestas. La mitad de las informantes, desconoce el tratamiento pertinente; por lo tanto, consideran que es el médico quien debe resolverla.

La *causalidad atribuida por las madres a la desnutrición* reside fundamentalmente en la mala alimentación o el no tener qué comer. Llama la atención que en más de la mitad de los casos de madres con hijos desnutridos aparezca el descuido materno como elemento precipitante de la desnutrición.

### 4.3. Características de la dieta habitual

En este punto, la entrevista estuvo dirigida a captar y obtener un perfil aproximado de la alimentación cotidiana de las familias estudiadas así como de la evaluación que las informantes realizan de la misma.

Los *alimentos que utilizan más frecuentemente* en orden de importancia son: carne roja, verduras, fideos, papas, arroz, leche, carnes blancas, lentejas y huevos. La polenta aparece sólo en dos casos y el consumo habitual de frutas en uno.

De ellos, consideran más nutritivos - al igual que en 1988- a las carnes, verduras, frutas, leche y huevos y menos nutritivos a los fideos, papas, hamburguesas, salchichas, pan y sandwiches.

*Las comidas que preparan más frecuentemente* son los guisos, pastas y pucheros, y en menor grado diversas preparaciones que combinan carne y verduras: pastel de papas, milanesas con puré o ensalada, pollo o pescado con verduras hervidas, crudas o puré, hígado con papas, albóndigas y verduras en sopa, tartas o milanesas o croquetas.

En 1988 -igual que en 1994- predominan aquellas comidas que son más rendidoras, económicas y nutritivas: guisos, fideos, puchero, diversas preparaciones que combinan carne y verduras y milanesas con puré son las que se mencionan con más frecuencia, destacándose el guiso y puchero por su triple cualidad en rendimiento, economía y aporte nutritivo. Las frutas, si bien son altamente valoradas por su contenido en vitaminas, tienen escasa presencia en la dieta habitual, al igual que en 1994.

Respecto al *número de veces que cocinan diariamente*, la mitad de las mujeres lo hace dos veces al día. El resto cocina una vez al día en el horario de la cena -en la mayoría de los casos- o en el almuerzo, recalentando lo que resta a la noche.

En 1988 se registra un mayor número de casos que cocinan dos veces al día, presentándose en la cuarta parte de las familias la realización de una sola preparación diaria, básicamente la cena.

Este cambio se explica por la posibilidad de acceso al comedor escolar: en 1994, 16 de las 20 familias entrevistadas mandan a sus niños a escuelas con comedor (cuatro de ellas no lo hacían en 1988), al que evalúan positivamente en la casi totalidad de los casos.

En la mitad de las familias *la comida más importante* es la cena ya que “estamos todos juntos, está mi marido que no almuerza”, “al otro día tienen que trabajar”, “almuerzan en el comedor” (percepción ligada al problema que “pienso que no comen bien en el comedor”).

Sólo dos casos manifiestan que no hay diferencias en ambas comidas, mientras que ocho mujeres refieren que el almuerzo es la comida no sólo más importante (“en la cena comemos lo que quedó o directamente tomamos un té”, “la cena es más liviana, están cansados y se van a dormir”), sino que también reconocen que “es la única comida que hacemos”.

En 1988 se registra la misma proporción de casos que consideran a la cena como la comida más importante por las mismas razones.

El *desayuno y merienda* consisten básicamente en mate cocido o té -a veces con leche- con pan o galletitas, obviándose la merienda en algunos casos. Se desprende la falta de leche como alimento generalizado y regular en estas comidas, apareciendo eventualmente “cortando” a las infusiones mencionadas y en muy pocos casos como alimento único, lo que habla de su carencia cuantitativa. El yogur aparece como un alimento altamente valorado, pero inaccesible para la mayoría.

En 1988 el desayuno y merienda tienen una mayor presencia de la leche, utilizándose habitualmente en más de la mitad de los casos (12 familias) como alimento exclusivo o cortando alguna infusión.

La gran mayoría de las mujeres *considera que sus familias tienen una buena alimentación*: plantean que “comemos bien, comemos de todo y mucha carne”, “comemos todo lo nutritivo”, “nunca tuvimos problema”, “a los chicos nunca les faltó”, “siempre hay algo para comer”. Para otras, la evidencia de su buena alimentación reside en que “a los chicos los veo bien”, “los chicos están bien, además los controla la doctora.”.

Las pocas informantes que reconocen carecer de una adecuada alimentación aluden a la falta de dinero, a tratar de manejarse “dentro de lo que se puede” y al hecho de no comer cosas sanas porque “no les gusta la verdura”.

En 1988 es menor el porcentaje de familias -la mitad de las entrevistadas- que considera tener una dieta adecuada, expresando el resto la falta de fruta, carne, verdura y yogur fundamentalmente.

Más de la mitad de las mujeres manifiesta que la dieta familiar incluye los alimentos necesarios. El resto considera que carecen y apreciarían poder consumir frutas, yogur, leche y carne (en este caso dos mujeres refieren reemplazarla por huevo), alimentos que son escasos en su dieta habitual, lo mismo que refieren en 1988.

Respecto a la *alimentación diferencial en el seno de sus familias*, 13 informantes plantean que todos los integrantes comen la misma comida y que no requieren alimentarse mejor. Pocos casos -la mitad de las madres con hijos desnutridos- señalan su intento de dar alimentación preferencial a “los más flaquitos”, a “los que están delgaditos, con bajo peso”. Una minoría responde que tratan de dar mejor alimentación a los niños y bebés porque “deben comer más” y “están en la edad del crecimiento”.



Respecto a los *requerimientos alimentarios específicos para los niños*, 13 mujeres plantean que no necesitan comidas o alimentación especial y que “todos comen lo mismo”, al menos desde que dejan de ser bebés. El resto refiere que la alimentación de los niños debe ser más rica en vitaminas y hierro y que deben evitarse las frituras al menos hasta el año, tres o cinco años y que la leche no les debe faltar.

Casi la mitad de las mujeres plantea que no hay alimentos que en su familia se consuman en exceso. Las restantes reconocen *consumir en exceso* básicamente pan, papas y fideos.

En la *evaluación de las modificaciones en la alimentación familiar* respecto a 1988, casi la mitad de las mujeres reconocen cambios positivos basados en el hecho de que “antes no cenábamos, ahora los adultos comemos mejor”, “compro más comida y cosas que antes no podía como por ejemplo mermelada y manteca”, “ahora no racionalizo tanto y además puedo comprar fruta”, “ahora compro carne que antes no podía”, “ahora comemos mejor, más verdura, que antes no podía comprar”, “ahora comemos más y más equilibrado, menos polenta, papa y fideos; en el 88 estábamos mal”, “puedo comprar más, hay más estabilidad se puede planificar”, “hay sacrificios pero se puede comprar más. Antes tenía que dejar de comprar un par de zapatillas para poder comer, ahora no.” En la cuarta parte de los casos se aprecia un empeoramiento de la alimentación familiar, relacionado con cambios en el trabajo del jefe: “antes teníamos más ayuda. En el trabajo, a mi marido le daban un bono para alimentos y ahora...”, “ahora hay menos plata pero trato de mantenerla igual, trato de que la comida sea la misma”, “el sueldo es menos, la comida es la misma, lo único que ahora comemos una sola vez”, “en el 88 eran chiquitos ahora necesitan más y tienen menos para comer”, “antes por ejemplo, les compraba yogur hasta los dos o tres años. Ahora no puedo”. Los casos restantes plantean que no ha variado la alimentación familiar sólo que “ahora comen más porque son más grandes”, “hago lo mismo pero en mayor cantidad porque crecieron”, “siempre comimos bien”, “la diferencia es que antes tenía que hacer comida especial porque eran bebés, pero nada más”<sup>19</sup>.

#### 4.4. Consumo alimentario y estado nutricional en población infantil: comparación de familias con hijos desnutridos y con hijos eutróficos en 1988 y 1994.

Dado que se considera a la desnutrición infantil como un indicador sensible de inadecuadas condiciones de reproducción alimentaria, en 1988 -y en base al análisis cualitativo de la organización doméstica y pautas alimentarias de la madre- se procedió a contrastar a las diez familias con casos de desnutrición en sus hijos (Grupo D) con aquellas que, presentando similares condiciones de vida, no registraban casos de desnutrición (Grupo E), a fin de apreciar posibles diferencias en los tópicos explorados.

Similar procedimiento se siguió en el estudio de 1994.

En 1988 la comparación entre el Grupo D y el Grupo E muestra:

- la mayor frecuencia de compras periódicas al por mayor en las familias del Grupo E respecto a aquellas con niños desnutridos. En las familias con hijos eutróficos puede observarse una optimización de las compras: su mayor periodicidad permite diversificación, acopio y mejores precios, tarea en la que contribuye el marido
- la frecuencia en la adquisición de carne, semanal en más de la mitad de los casos, no registra diferencias entre los desnutridos y eutróficos en 1988
- la ausencia de frutas aparece para el mismo año con igual peso en ambos grupos
- la presencia de la leche en la dieta familiar, provista básicamente por el Estado, arroja diferencias en favor de las familias con desnutrición
- no se presentan diferencias en los alimentos que valoran y aprecian consumir: frutas, yogur, carne y lácteos, ni en aquellos considerados nutritivos tales como la carne, verduras y lácteos, así como tampoco en las comidas que preparan más frecuentemente
- el rechazo de la polenta se registra sólo en las familias con desnutrición
- el desayuno y la merienda no parecen ser diferentes en ambos grupos de familias, destacándose la utilización de leche en su preparación en más de la mitad de los casos
- la preparación de dietas especiales se observa sólo en las familias con casos de desnutrición, ligadas a dicha problemática.

En 1994, las diferencias que se aprecian entre las familias del Grupo D y Grupo E referidas a la *organización doméstica de las compras* son:

- una mayor incidencia de las compras realizadas en el supermercado combinada con compras en el barrio en el Grupo E. El Grupo D realiza la totalidad de las compras en el barrio en más de la mitad de los casos, observándose una mayor participación de los hijos y el marido en las compras en el Grupo E
- no se registran diferencias en el tipo de alimentos que adquieren en una u otra fuente de abastecimiento a excepción de la carne que, para el caso del Grupo E, proviene mayormente de la compra en el supermercado u otros comercios fuera del barrio
- se aprecia en el Grupo D, una marcada disminución del uso del supermercado respecto a la incidencia de esta fuente de abastecimiento en 1988.

De allí que la casi totalidad de las mujeres con hijos desnutridos refieran un cambio negativo en la organización de las compras ligado a las condiciones laborales, reflejado en el hecho que “antes iba al supermercado”, “tenía salario”, “cobraba por quincena” y “perdió el trabajo estable”. Las mujeres con hijos eutróficos, si bien manifiestan en algunos casos cambios negativos en el sentido que “antes iba al supermercado” y “antes compraba más cosas”, refieren así mismo en mayor grado cambios positivos relacionados a que los hijos ayudan y participan en la tarea de hacer las compras, pueden ir al supermercado y, aquellas provenientes del interior, refieren que aprendieron a hacer las compras, actividad que inicialmente les resultaba dificultosa

- igual que en 1988, y en relación con lo antes expuesto, la periodicidad de compras semanal, quincenal o mensual se verifica casi exclusivamente en el Grupo E
- la estimación del gasto diario per cápita arroja diferencias sensibles entre ambos grupos: el promedio es de \$ 1.32 en las familias del Grupo D y de \$ 1.73 en las familias del Grupo E
- respecto a la comparación de la proporción del ingreso que destinan a la alimentación, las familias del Grupo D refieren en mayor grado una situación

algo más holgada en 1988, mientras que las familias del Grupo E en la casi totalidad de los casos manifiestan que en 1994 pueden comprar alimentos que antes no podían o bien que disponen de un excedente de dinero que les permite adquirir con menos dificultad otros bienes

- la forma de hacer las compras registra diferencias en términos comparativos con 1988, siendo la apreciación diferente en las familias del Grupo D respecto de las del Grupo E: en las primeras la pérdida de trabajo estable y el cambio en la periodicidad del ingreso hace que en 1994 sea desfavorable, mientras que en las familias del Grupo E la mayoría refiere condiciones más convenientes en 1994

- en función de ello, la totalidad de las familias del Grupo D recurren -dada la insuficiencia de dinero- a la implementación de arreglos tales como la compra con libreta, pedir dinero prestado o sacar fiado, disminuir el consumo o salir a pedir alimentos a la Municipalidad, situación que se halla ausente en casi la mitad de las familias del Grupo E

- en relación a la *apreciación valorativa de la alimentación*, se observan diferencias entre ambos grupos en la consideración de la alimentación completa: las del Grupo D enfatizan la importancia de las cuatro comidas diarias y las comidas con postre, señalando las del Grupo E la necesidad de determinados alimentos (fruta, verdura y carne), su combinación y variedad como criterio para definirla

- no se registran diferencias significativas en los alimentos que consideran más nutritivos (carne, verdura, fruta), no obstante lo cual se presentan más variados en las familias del Grupo E, incluyendo a los cereales y legumbres

- la mención de una alimentación preferencial a determinados integrantes del núcleo familiar aparece en el Grupo D, señalando a los ancianos y a los niños. Las del Grupo E no manifiestan, en la mayoría de los casos, una discriminación en favor de alguien en particular,

- en relación a la alimentación infantil, el conocimiento del tratamiento de la desnutrición se presenta más preciso en las familias del Grupo D, haciendo referencia a los alimentos que es recomendable dar a los niños en tales condiciones. En el Grupo E responden ya sea no saber, o bien lo confunden con el correspondiente a la deshidratación o lo hacen recaer en el médico. Esto permite comprender la diferencia en el reconocimiento del tratamiento

médico de la desnutrición: la totalidad de aquellas madres del Grupo E afirma con contundencia la eficacia del médico, mientras que la mitad de las madres del Grupo D relativiza -por experiencia- tal intervención

- las diferencias observadas en la *dieta habitual* no se expresan en el tipo de alimentos que consumen más frecuentemente
- no obstante, las comidas que preparan más frecuentemente registran una mayor variedad en las familias del Grupo E, restringiéndose las comidas en el Grupo D en mayor medida a la preparación de guisos, puchero y pastas
- respecto de las propiedades nutritivas de los alimentos que consumen habitualmente, si bien no se encuentran diferencias entre los que consideran más nutritivos, éstas aparecen en relación a los alimentos que reconocen menos nutritivos: en las mujeres con hijos eutróficos se menciona con más frecuencia a los fideos y papas como de escaso valor alimenticio, mientras que aquellas con hijos desnutridos señalan en mayor proporción a los embutidos,
- consecuentemente, la mitad de las familias del Grupo D reconoce que su alimentación es inadecuada cualitativa y cuantitativamente, apreciación que se expresa en el Grupo E de manera residual.

En síntesis, *tanto en 1988 como en 1994*, de la comparación establecida entre el Grupo D y el Grupo E pueden observarse *regularidades* en:

- la organización doméstica de las compras es diferente en los dos grupos y se mantiene en ambos períodos en favor del Grupo E, tanto en lo que atañe a la fuente de abastecimiento, periodicidad, así como en la participación de otros miembros de la familia en la realización de las compras,
- los alimentos que son positivamente valorados por sus características nutritivas: carne, verduras, frutas y lácteos,
- los alimentos que integran la dieta habitual,
- la alimentación preferencial a los niños, especialmente si se encuentran desnutridos,
- la subestimación de los carbohidratos: polenta, fideos y papas,
- la ausencia de frutas en la dieta habitual.

Entre ambos períodos, las *diferencias* encontradas en la comparación de familias del Grupo D y del Grupo E consisten en:

- la disminución del uso del supermercado respecto a 1988, hecho que incide más acentuadamente en el Grupo D,
- en relación con esto, dicho grupo manifiesta cambios negativos en la organización de las compras, forma de hacer las compras, proporción del ingreso que destinan a la alimentación familiar y registra, por ende, mayor frecuencia en la apelación a arreglos domésticos tendientes a enfrentar la carencia de dinero,
- en 1988 no se observan diferencias en el tipo de comidas más frecuentes entre el Grupo D y E, diferencias que se registran en 1994 y que se expresan en una mayor variedad en el Grupo E.

## 5. Consideraciones finales

Tal como fue planteado en el marco conceptual, la intervención de las restricciones paramétricas, su incidencia relativa en vinculación con las características del grupo familiar, así como el marco valorativo y cognitivo a partir del cual organizan y evalúan su alimentación, permiten establecer ciertas regularidades y conexiones de sentido para la comprensión del consumo alimentario en las familias estudiadas, alejadas de una explicación compacta, causal y racional. De allí que el análisis presentado arroje la impresión de manifestaciones paradójicas, y heterogeneidad en los argumentos sostenidos para evaluar la alimentación familiar. Las evaluaciones contradictorias deben entenderse como las apreciaciones diferenciales que surgen en el transcurso de las entrevistas conforme a los tópicos particulares que han sido planteados.

La sistematización de los aspectos más sobresalientes en los cambios del consumo alimentario surgidos del estudio comparativo (1988-1994) realizado en familias pobres urbanas de la localidad de Punta Lara, partido de Ensenada, evidencian que:

- El peso de las condiciones ocupacionales, niveles salariales, etc. se verifica en primer lugar, en la importancia de los gastos en alimentación: la jerarquía del consumo alimentario se expresa en las concepciones y evaluaciones sobre las necesidades ideales y el consumo efectivo, dimensionadas frente a la insuficiencia

de salarios. Si ciertas prioridades del consumo familiar pueden sufrir variaciones coyunturales, el caso investigado muestra la gran importancia de la alimentación en los gastos familiares.

En segundo término, puede apreciarse que la menor participación de los jefes de familia en la realización de las compras obedece a la pérdida de estabilidad laboral e irregularidad en el modo y monto de sus ingresos. En relación a esto, se observa una disminución en la frecuencia de compras periódicas en el supermercado, modalidad de consumo que es altamente valorada y evidencia relativo bienestar económico. Esto explica que los cambios en la forma de hacer las compras sean evaluados negativamente, interviniendo en esta apreciación la imposibilidad de recurrir a la modalidad mencionada.

Pese a la positiva valoración de la estabilidad económica en la organización y previsibilidad de los gastos - en la cual influye de manera decisiva el recuerdo del período de hiperinflación-, la forma de pago al contado se ha incrementado debido a la falta de regularidad en la forma y monto de percepción de ingresos.

No obstante, puede destacarse la importancia de la alimentación en los gastos domésticos por su estrecha dependencia del mercado para obtenerlos. La insuficiencia de ingresos impacta -como se verá- en la distribución intrafamiliar de modo de presionar a la mujer/madre a empobrecer -o anular- su dieta.

Son las familias con hijos desnutridos quienes -tanto en 1988 como en 1994- presentan en términos relativos, condiciones más desfavorables en los tópicos señalados.

- La importancia del ciclo familiar en la organización de las compras se verifica en la mayor participación de los hijos, posibilitada por la necesidad de realizar las compras en el pequeño comercio del barrio, fuente de abastecimiento que adquirió mayor importancia en relación a 1988.

Respecto al tipo de comidas, en términos comparativos aparecen respuestas ambivalentes referidas a la influencia de la edad de los hijos en la preparación de las mismas, señalando los pro y contra de cada etapa (infancia temprana, niñez, adolescencia) según cada caso particular; evaluaciones en las que intervienen criterios de gusto, facilidad de preparación y acceso a los programas alimentarios locales. El comedor escolar se presenta como una opción a la que recurren mayoritariamente y es evaluado positivamente. La leche, tanto la provista a

través del Programa Materno-Infantil como la que era provista por la Caja Pan, ha perdido peso, evidenciándose en la disminución del consumo, hecho que se observa en su menor presencia en la preparación del desayuno y la merienda. En esto incide también la apreciación de que la leche, fundamental en los primeros años de vida, pierde importancia como alimento básico en los niños en etapa escolar.

- La relevancia de los programas alimentarios, temática analizada en el capítulo anterior (Eguía, 1996), aparece indirectamente en el número de comidas que las mujeres preparan diariamente, habiendo aumentado la cantidad de familias que cocinan una vez al día. El cambio cualicuantitativo del desayuno y merienda en el sentido de un empobrecimiento en el consumo de leche y la importancia del comedor por el acceso casi masivo, ya fueron señalados. El Plan País por su parte, facilita en pocos casos la realización de compras en el supermercado.

- En el proceso de distribución intrafamiliar de alimentos, la mujer/madre aparece como la primer "variable de ajuste". Si bien consideran que todos se alimentan por igual, la mujer parece colocarse fuera de ese colectivo en la medida que manifiestan reducir o anular su alimentación en situaciones de carencia extrema, situación que no es problematizada constituyendo la prueba del "deber ser materno". Reconocen además, que en tales circunstancias, es a los menores y/o a los más débiles a quienes se debe alimentar de manera preferencial.

- Los mecanismos de ayuda entre vecinos y parientes en situaciones de carencia de recursos alimentarios no se han incrementado respecto a los encontrados en el primer estudio, siendo más intensos en las familias con condiciones estructurales más desfavorables, manifestándose por esto de manera regular en las familias con casos de desnutrición infantil.

- Las concepciones sobre la alimentación muestran la interiorización de los discursos y prescripciones médico/nutricionales: "sana" y "nutritiva" son los calificativos que aparecen de manera determinante al referirse a la alimentación apreciada cuyo valor radica en su contenido en vitaminas, hierro y proteínas



(aspecto que no ha variado respecto a 1988 y que tampoco en 1994 muestra diferencias entre las familias con hijos eutróficos y desnutridos).

No aparece nunca como criterio de valoración o deseo lo "rico", "sabroso" y menos aún, como señalan numerosos trabajos referidos a sectores populares, la comida "fuerte" o "pesada"<sup>20</sup>. Los hidratos de carbono, las grasas, legumbres y cereales no se mencionan como alimentos valorados por sus propiedades nutritivas, hecho que resulta paradójico considerando que la carencia nutricional más importante en nuestro medio es de naturaleza calórica.

También la alimentación inadecuada y los malos hábitos alimentarios incluyen el espectro global de aquellos proscriptos por el discurso médico/nutricional. En ese sentido, se presenta una clara distinción entre los alimentos con valor nutritivo y sus efectos para la salud de aquellos cuyas ventajas residen en que "llenan y sacan de apuro". La misma interiorización se observa en el reconocimiento de síntomas de alimentación infantil deficiente. La importancia de la lactancia materna y la alimentación rica en vitaminas y hierro constituyen la apreciación dominante respecto a la prevención de la desnutrición. Vuelve aquí a manifestarse la ausencia de carbohidratos en las respuestas. El tratamiento que consideran pertinente para revertir la desnutrición es el privativo del accionar médico en la mitad de los casos.

Respecto a las causas que asocian a la desnutrición infantil la carencia alimentaria -debida a la falta de dinero o a la deficiencia cualitativa- y el descuido materno constituyen las opiniones predominantes.

Tal como señala Hintze (1989), la "no conciencia" sobre la problemática alimentaria -específicamente sobre el hambre- tiene una larga data en el país y su reconocimiento, cuando esto ocurre, tiende a ser asociado a la asignación de responsabilidad a la familia por la mala alimentación de los hijos. En este caso, las propias madres, naturalizando una problemática social, se autoestigmatizan como consecuencia de incorporar el discurso hegemónico.

La alimentación es concebida como medida de privación dimensionada por las limitaciones salariales y por el consumo posible de ser obtenido. Esta evaluación se basa en ideales de consumo a través de la incorporación de necesidades renovadas y de ascenso social.

- La adquisición de alimentos en el caso estudiado comporta el establecimiento de jerarquías de necesidades que se expresan en la consideración de alimentos

“más necesarios” -carne, verduras, frutas, leche y yogur- frente a otros “menos necesarios”, tales como las harinas, fideos y arroz. Tal jerarquía incorpora criterios económicos referentes al precio de los mismos y a la disponibilidad de dinero, que obliga a restringir las compras alimentarias y a sustituir productos más caros por más baratos, más nutritivos por menos nutritivos, observándose la regla básica de control de la economía. Implica, además, criterios diversos que incluyen la costumbre, el gusto, la oferta, la calidad y atributos de los alimentos desde el punto de vista nutricional y sus adecuaciones según la edad y condiciones de salud, etc.

En la dieta habitual, refieren utilizar los alimentos que consideran nutritivos: carne y verduras así como los que consideran menos nutritivos: pan, embutidos, fideos, arroz, papas. La polenta, alimento tradicionalmente asociado a los pobres, no es valorado ni tampoco utilizado con frecuencia. La fruta y el yogur son alimentos altamente valorados, pero de escaso y nulo consumo respectivamente.

Las comidas predominantes, al igual que en 1988, siguen siendo los guisos, pastas y pucheros, sobre todo en las familias con casos de desnutrición infantil.

Puede desprenderse que lo que valoran no corresponde -en términos cuantitativos- con lo que consumen habitualmente a partir de lo cual puede cuestionarse la representación especular de las preferencias-gustos/prácticas alimentarias con la que Bourdieu caracteriza a la alimentación de los sectores populares.

Respecto a 1988, se evidencia un aumento de aquellas familias que preparan una comida al día, hecho que obedece a la mayor proporción de aquellas con niños que asisten al comedor escolar. La cena, si bien es considerada como la comida más importante por ser el momento de encuentro de todos los integrantes de la familia, aparece, en casi la mitad de los casos, reducida al consumo de “restos”, “lo que sobra del almuerzo” o “té”. En algunos casos, las mujeres reconocen que el almuerzo es no sólo la comida fundamental sino frecuentemente la única.

Los motivos del cambio en la composición del desayuno y merienda ya se han señalado anteriormente.

No obstante, las tres cuartas partes de las mujeres refieren que su familia tiene una buena alimentación ya que “siempre hay algo” y que comen lo nutritivo y

necesario, pese a que apreciarían aumentar el consumo de carne y leche y poder acceder al consumo habitual de frutas. Comparado con 1988, el menor porcentaje de familias que en ese período refiere tener una dieta adecuada podría deberse al mayor peso de familias entrevistadas con casos de desnutrición infantil. Ellas, lo mismo que en 1994, son quienes plantean, casi en su totalidad, carencias en la alimentación familiar.

Si bien la mitad de las informantes percibe que en 1994 la alimentación familiar mejoró respecto a 1988 en la medida que pueden comprar alimentos que antes resultaban escasos, más de la mitad reconoce un exceso en el consumo de pan, papas y fideos en su dieta.

La evaluación de la dieta por parte de las mujeres entrevistadas revela una forma de pensar la alimentación dentro de los parámetros de las condiciones de vida y trabajo, del propio consumo, de los atributos alimentarios y de la construcción de identidades que contradictoriamente favorecen o niegan la condición de ser pobres.

Las concepciones muestran la importancia de la alimentación para vivir, trabajar, sobrevivir y estar sanos, concepción que comporta la misma instrumentalidad del cuerpo para el trabajo y garantía de la sobrevivencia, vida y crecimiento de la futura generación.

Pero además la dieta, no sólo representa mejor calidad en la alimentación, sino básicamente una condición de vida que contrasta con la aspiración a determinado patrón de consumo.

Algunos de los atributos: nutritivo/no nutritivo, alimenticio, pesado, fuerte, sirven para calificar la dieta consumida o idealizada por referencia a la concepción de pobreza que comporta desigualdades entre iguales (los pobres) y los otros (los ricos). La desigualdad entre iguales implica, desde el punto de vista de los entrevistados, escalonar las condiciones de pobreza mediante criterios que incorporan la cantidad y calidad de los bienes alimentarios que pueden consumir: las familias con desnutridos representan aquellas que no llegan a sobrepasar una condición general de empobrecimiento y el reconocimiento de una dieta pobre, pese a aspirar y a valorar un patrón alimentario superior posible de ser alcanzado.

Los patrones alimentarios “obedecen a una lógica en la cual por un lado opera una estrategia de subsistencia mediante la cual tratan de maximizarse los recursos y los factores de los que dependen la reproducción de la fuerza de trabajo y la

sobrevivencia de la familia y donde por otro lado, opera un sistema de conocimiento y de principios valorativos por el cual se procura optimizar la relación alimento/organismo” (Canesqui, 1988).

La internalización de referentes hegemónicos sectoriales, que responden a determinado contexto, establecen sistemas complejos y contradictorios de apreciación de la dieta, induciendo a prácticas de consumo y hábitos que no se condicen con las posibilidades determinadas por el salario ni con las exigencias biológicas.

A través del análisis del consumo alimentario puede observarse cómo el ámbito doméstico, en una actividad cotidiana como es la alimentación, sirve de escenario para consolidar los discursos y prescripciones hegemónicas, que, constantemente renovados, imprimen y direccionan las prácticas de consumo de los sectores subalternos.

## Notas

- (1) En 1990 un estudio realizado en California muestra que dos de cada tres habitantes del estado, agobiados por la información contradictoria, no llegan a formarse una idea clara de lo que debe ser su alimentación (Fischler, 1990).
- (2) A menudo la sustitución suele proceder de una situación de carencia que obliga a conformarse con otro alimento como mal menor. Asimismo, hay cambios que conciernen a movimientos ascendentes, es decir, en favor de productos que presentan ventajas de una u otra naturaleza, sean prácticas, gustativas o simbólicas.
- (3) Las relaciones entre cuerpo y alma o entre cuerpo y mente hacen al vínculo entre alimentación del cuerpo y “santidad” del alma y son siempre tenidos en cuenta en los dogmas religiosos. De allí que determinados comportamientos alimentarios sean considerados estrictamente necesarios para alcanzar el equilibrio en tanto que otros, por el contrario denoten cierto grado de perversión o de pecado.
- (4) En la experiencia que un niño se construye de la cultura alimentaria, lo que no se le da cuenta tanto como lo que se le da. Estudios realizados ilustran el mecanismo de trans-

misión cultural debido a la restricción del campo de experiencia, cuyo efecto se manifiesta cotidianamente en cada familia, con relación a los niños (Clara Davis, cit. por Fischler, 1990). Experiencias realizadas con niños de tres a cinco años (Birch, 1988) señalan la temprana interiorización de reglas y normas culinarias en los niños, concluyendo que lo que consideran apropiado es asimismo apreciado. El gusto, entendido en su dimensión hedónica, interioriza la información cultural, sanciona la conformidad con las reglas culinarias. La transmisión de estas estructuras culturales de la alimentación no se realiza de manera explícita. No es la enseñanza directa de los padres a los hijos la que la concreta, sino la experiencia repetida de los niños inducida por el hecho de que las estructuras son conciente o inconscientemente aplicadas por los padres (Birch, 1988). Bourdieu (1979) también considera que los gustos alimentarios llevan la marca más fuerte e inalterable de los aprendizajes tempranos, los que sobreviven por más tiempo al derrumbe o alejamiento del mundo natal. Otros autores manifiestan una apreciación algo distante, al afirmar que nada permite decir que la experiencia precoz cumpla un papel esencialmente importante y que las preferencias adquiridas precozmente permanezcan en el tiempo (Rozin y Vollmecke, 1986).

(5) La sociología de la cultura se ha centrado especialmente en el análisis de los consumos alimentarios y de los gustos entendidos como "sistemas normativos socialmente contruidos a partir de prácticas y representaciones diferenciadas, como sistemas de clasificación "que clasifican a los clasificadores" (Bourdieu, 1979; Grignon y Grignon, 1980).

(6) En Europa, desde la Segunda Guerra Mundial, se ha producido por ej. una declinación del consumo de alimentos antes utilizados cotidianamente. Estos alimentos se califican como "populares" o son alimentos de "escasez" (Claudian, 1972) que dependen del "gusto de necesidad": legumbres, pastas, papas, sidra, etc. Su declinación se halla claramente ligada a la

evolución de la estructura social del país desde entonces: los alimentos en decadencia son para la mayoría sobreconsumidos por categorías sociales también en decadencia y desdeñados por las categorías en ascenso (Grignon, 1986). Así, los productos crecen y decaen con las clases que los consumen: la decadencia de los campesinos y luego de los obreros explica en parte el declive de alguno de los alimentos más característicos del "gusto de necesidad" popular.

A largo plazo, el aumento del consumo de carne al menos hasta una fecha reciente, parecía constituir una tendencia fundamental e irreversible, tendencia que ha decrecido rápidamente por diversos factores y ha conducido a que la carne perdiera su preeminencia simbólica.

(7) El trabajo fue realizado por la Dra. Amalia Eguía para su Tesis de Doctorado "Estrategias familiares de reproducción social en sectores pobres urbanos del Gran La Plata" (1990), Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la U.N.L.P. Las Lic. Silvia Attademo y Susana Ortale colaboraron inicialmente en la realización de las encuestas.

(8) "Se los denomina así porque se han constituido en el largo plazo como resultado de la historia individual de las familias y sus respectivos miembros y, fundamentalmente, porque su constitución depende de la situación social de la que participan y sobre la cual tienen escasa posibilidad de incidir: mercado de trabajo, niveles salariales, acceso a servicios públicos, políticas del Estado en materia alimentaria, etc." (Colman, 1992).

(9) Se agradece la colaboración del personal de la Unidad Sanitaria "El Molino", quienes posibilitaron la realización del trabajo de campo en todas sus etapas.

(10) El diseño de la encuesta se basó en la utilizada en 1988. Los resultados obtenidos en la encuesta durante el estudio llevado a cabo en 1994 son presentados en el capítulo anterior (Eguía, 1997).

(11) Se considera únicamente a la desnutrición

de causa primaria, definida por Viteri como aquella derivada de un insuficiente aporte alimentario asociada a infecciones banales repetidas en un mal medio socioeconómico (Viteri, 1981).

(12) El presente estudio se desprende de la primera etapa del proyecto de investigación "Prácticas y representaciones sociales relacionadas a la desnutrición infantil de causa primaria en el Gran La Plata", temática más abarcativa que requiere explorar el reconocimiento de las informantes de la situación alimentaria familiar, del estado nutricional de los niños y su eventual medicalización tanto en la actualidad como en el pasado (aspectos que si bien no se presentan en este artículo forman parte de las entrevistas realizadas), motivo por el cual fueron incluidas familias con niños desnutridos en 1988 pero sin registro de casos actuales de desnutrición infantil.

(13) El estudio realizado en 1994 incorpora otros ejes de análisis no considerados en 1988. A la inversa, la "dieta de un día" analizada en 1988 no fue registrada en este estudio, motivo por el cual la comparación se establece en las variables registradas en los dos períodos, las cuales aparecen resaltadas en cursiva. No obstante, se incorporan a la descripción los tópicos relevados en el estudio actual dado que permiten ampliar y enriquecer la visión de la problemática alimentaria en familias de la pobreza urbana.

(14) Cabe destacar que de las 100 familias incluidas en el primer estudio, un 16 % presentaron hijos con desnutrición, encontrándose un 13 % de casos en las 70 estudiadas en 1994.

(15) La base para establecer la posibilidad de cobertura del consumo para 1988 utilizada en el trabajo "La problemática agroalimentaria en la Argentina 1970-1988" (Colman, 1992), fue la canasta elaborada por FIDE, estimada en 3345 australes que comprende los insumos para la reproducción de una familia tipo de Capital Federal y Gran Bs. As. con NBI (incluye los rubros de alimentación, bebida, indumentaria,

gastos generales, menaje y alojamiento). Para el mismo mes, se requería percibir dos salarios mínimos y medio para cubrir dicha canasta. Para ese año el 49 % de los asalariados y el 50 % de los no asalariados de la ciudad de La Plata - que representan el 49 % del total de población ocupada de la ciudad - percibía menos de 2 salarios mínimos y medio, hallándose imposibilitados de acceder a la totalidad de los bienes básicos de consumo.

Considerando el peso de los alimentos en el valor de la canasta, ponderado por FIDE en un 46 %, la capacidad de consumos alimentarios mercantilizados de los sectores de más bajos ingresos se torna aún más crítica. Ello representa potencialmente (dado que no se evalúa la incidencia de los programas alimentarios) una reducción de los alimentos consumidos. Para 1988 se señala como tendencia predominante en el cambio de dieta de los sectores populares un aumento en el consumo de papas, arroz y pan y disminución del consumo de leche, fruta y huevo (Colman, 1992).

(16) Restringiendo el análisis a la muestra de las 10 informantes entrevistadas en 1988 y en 1994, se obtienen iguales proporciones en las evaluaciones comparativas referidas al gasto en alimentación.

(17) Restringiendo el análisis a la muestra de las 10 familias entrevistadas en 1988 y 1994, se obtienen iguales proporciones en las evaluaciones comparativas relativas a los arreglos domésticos.

(18) Restringiendo el análisis a la muestra de las 10 familias entrevistadas en 1988 y 1994, se registran diferencias en la evaluación referida a los cambios en la forma de hacer las compras: el 80 % de las mujeres plantea cambios negativos en la organización de las compras.

(19) Restringiendo el análisis a la muestra de las 10 informantes entrevistadas en 1988 y 1994, se obtienen iguales proporciones en las respuestas referidas a la evaluación del cambio en la alimentación familiar.

(20) Si bien no estrictamente extrapolables a

nuestro contexto, son pertinentes las observaciones realizadas por Fischler (1990) referidas a Francia. Hace referencia a que en 1956 P. Chombart de Lauwe muestra que, para los obreros franceses, una buena alimentación era ante todo una alimentación "nutritiva", "sana" pero sobre todo abundante y saciable. Treinta años después, según una encuesta nacional del CREDOC, sólo un 4 % de los encuestados piensan que una buena alimentación debe ser abundante (Haeusler, 1986). Más aún: el 63 % de los encuestados estima que los franceses comen demasiado (SOFRES,

1989). La preocupación cuantitativa subsiste en ciertas partes de la población (así como los agricultores, obreros) pero retrocede.

Los estudios sobre las actitudes de los franceses en materia alimentaria coinciden: la preocupación cuantitativa, el "temor de que no alcance la comida" retrocede; la preocupación dominante se va haciendo cada vez más de carácter cualitativo en 1985. El término más a menudo empleado por una muestra de madres de familia para caracterizar una buena alimentación es equilibrio.

## Bibliografía

- Aguirre, Patricia (1990): "Impacto de la hiperinflación en la alimentación de los sectores populares", en *Fundación para el cambio en democracia (FUCADE)*, Documento N° 2, Buenos Aires.
- Aguirre, Patricia (1993): "Creer para ver. Perspectivas teóricas y metodológicas sobre las estrategias de consumo de las familias pobres", en *Cuadernos Médico Sociales*, N° 65-66, Rosario.
- Baudrillard, Jean (1976): *L'échange symbolique et la mort*. Gallimard, París.
- Birch, L. (1988): "The acquisition of food acceptance patterns in children", en R. Boakes y otros, *Eating Habits*, Ed. Wiley, Inglaterra.
- Bourdieu, Pierre (1988): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus ed., Madrid.
- Canesqui, Ana María (1988): "Antropología e Alimentacao", *Rev. Saúde Públ.* 22 (3), San Pablo.
- Claudian, J. (1972): "L'alimentation", en *La France et les français. Encyclopédie de la Pléiade*, Gallimard, París.
- Colman, Oscar y colaboradores: "La problemática Agroalimentaria en la Argentina (1970-1988)", en *Estudios e Investigaciones*, N° 8, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la U.N.L.P., La Plata.
- Eguía, Amalia (1990): *Estrategias familiares de reproducción en sectores populares urbanos del Gran La Plata*. Tesis doctoral en Antropología Cultural, Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP., La Plata.
- Eguía, Amalia (1996): "Estudio comparativo de las estrategias alimentarias de familias pobres urbanas del Gran La Plata (1988-1994)", en el presente número de *Estudios e Investigaciones*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, La Plata.
- Esteva, Gustavo (1988): "Detener la ayuda y el desarrollo: una respuesta al hambre", en *Carencia alimentaria. Una perspectiva antropológica*. Serbal/Unesco, Barcelona.
- Fischler, Claude (1990): *El (h) omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Anagrama, Barcelona.
- García Canclini, Néstor (1984): "Ideología y Cultura", *Cursos y Conferencias*, Facultad de Filosofía y Letras UBA, Buenos Aires.
- García Canclini, Néstor (1993): *El consumo cultural en México*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Grignon, Claude (1980): "Styles d'alimentation et goûts populaires", *Revue française de sociologie*, N° 21.
- Hintze, Susana (1989): *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires*. Centro Editor de América Latina N° 270 y 271, Buenos Aires.
- Przeworski, A. (1982): "Teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre el trabajo de la Comisión de Población y Desarrollo de Clacso", en varios autores: *Reflexiones teórico-metodológicas sobre las investigaciones en población*, El Colegio de México, México.
- Rozin, P. y Vollmecke, T. (1986): "Food likes and dislikes", *Ann. Review Nutrition*, N° 6, Nueva York.
- Teubal, Miguel (1989): "Hambre y alimentación en Argentina", en *Realidad Económica*, N° 89, Buenos Aires.
- Torrado, Susana (1983): *La familia como unidad de análisis en censos y encuestas de hogares: metodología actual y prospectiva para América Latina*. CEUR, Buenos Aires.
- Topalov, G. (1979): *La urbanización capitalista*. Edicol, México.
- Unicef (1992): *La infancia Argentina en cifras. Informe imprescindible para conocer el presente y modificar el futuro*. Buenos Aires.
- Viteri, F. (1981): "Primary protein energy malnutrition: clinical, biochemical and metabolic changes", en Robert M. Suskind edit. *Textbook of Pediatric Nutrition*. Raven Press, Nueva York.



**Este libro se terminó de imprimir en el  
Departamento de Medios Audiovisuales de la  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
de la Universidad Nacional de La Plata,  
en el mes de diciembre de 1997.**